

CRITICA

MAYOR CIRCULACION SUDAMERICANA

AÑO I | BUENOS AIRES, JUNIO 16 DE 1934 | No. 45

VISTO y OIDO ★ *Ocultos en el Agua y en la Tierra* ★ por PREMIANI

Tesoros Perdidos

TOTAL: 6.649.750.000

★ ★ ★

El botín de ANÍBAL de sus campañas en Asia y en Europa: 175.000.000.–

Tesoros de ATILA, enterrados con él en su tumba secreta: 875.000.000.–

El botín de TAMERLÁN en los saqueos de la India: 350.000.000.–

El tesoro real de CALZONTZIN en Tarascán (Méjico) enterrado 500 años antes del descubrimiento de América: 85.500.000.–

El tesoro de MOCTEZUMA, perdido por los españoles en su retirada de Méjico la noche del 30 de junio de 1520: 350.000.000.–

340 TONELADAS de ORO escondidas por los peruanos para librarlas de la codicia de Pizarro: 700.000.000.–

El tesoro de la ciudad CHIMU de Tumbes, consistente en esmeraldas, perlas, oro y plata, enterrado en 1532: 525.000.000.–

El tesoro de oro y joyas del galeón español "FLORENCIA", hundido en 1588: 7.000.000.–

Tesoro enterrado en 1671, en Panamá, para esconderlo del pirata Morgan: 17.500.000.–

Monedas de oro de NAPOLEÓN hundidas con el barco "ORIENTE" en 1799: 10.500.000.–

Monedas y lingotes de oro hundidos con el barco "La Lutine" en 1799: 15.750.000.–

Tesoro del pirata MORGAN, de Panamá, enterrado en 1671: 17.500.000.–

Tesoros de los GRANDES MOGOLES de la India, robados y la mayoría enterrados por Nadir Shah: 875.000.000.–

Las riquezas de las ciudades de ASIA, enterradas por ALEJANDRO EL GRANDE después de sus conquistas; el ataúd de oro del conquistador y sus riquezas personales enterradas con él: 1.925.000.000.–

Estatuas de oro y plata, grandes esmeraldas, perlas y otras piedras preciosas, sacadas por los sacerdotes del templo del dios Pachacamack, en Perú: 550.000.000.–

La fortuna de GENGIS KHAN, enterrada en varios lugares desconocidos y en su tumba secreta: 350.000.000.–

Tres cajas fuertes con barras de oro, dinero, joyas (entre ellas un collar de perlas valuado en un millón de dólares) hundidos con el LUSITANIA: 21.000.000.

U. 20

ESTO que voy a contar es rigurosamente exacto.

Sucedió en mi imaginación una tarde, mientras paseaba por la amplitud de la Avenida de Mayo, la humillación de un último fracaso, que confieso con toda humildad y sin jactancia, no fué el último de mi vida.

A éste podría agregarles tantos más, que prefiero pasar a lo que me propuse contarles, antes de que se me olvide.

Iba mascullando una maldición contra el destino y otra contra Dios, alternativamente, cuando de pronto, y sin saber cómo, se me ocurrieron todas estas cosas.

Se me dirá que abuso un poco de las situaciones sombrías. Pero, cuando se camina por las calles de la ciudad, bajo la influencia de ciertos estados de ánimo, juro que la imaginación no da para otra cosa que para eso. Para ver todas las cosas de ese color.

Se sueña como se vive. Y a quien vive mal es imposible exigirle sueños hermosos. Por eso la mayoría de mis sueños no fueron más que horribles pesadillas. Y por eso es que aquella tarde en que iba medio atontado por la desesperación, es que se me ocurrieron todas estas cosas que pasaré a contarles en seguida...

★

Yo era casado y vivía con mi mujer en una humilde habitación de conventillo, como cuadra a todo buen periodista que está sin trabajo. Dina, tal el nombre de mi imaginaria esposa, comprendía que las cosas no podían ser de otro modo, y no se quejaba nunca de la miseria en que vivíamos.

Eso sí, se quejaba de los pulmones. Pero de la miseria y de todo ese montón de desgracias que se complotan en hundirlo a uno, porque sí nomás, de eso, Dina no se quejaba nunca.

Yo, tampoco.

Si de algo me quejaba yo, único responsable de aquella espantosa miseria en que vivíamos, era de las correctas faltas de respeto y de los impecables atropellos de que me hacían víctima los ordenanzas de los diarios, en mérito a mis botines sin brillo, a mi camisa no siempre limpia y a mis cabellos prolijamente abandonados y revueltos.

De otra cosa, no recuerdo haberme quejado en mi imaginaria vida, cuyo absurdo transcurrir iba construyendo aquella tarde por la Avenida de Mayo, en cada una de cuyas bocacalles, violentos bocinazos me volvían a la realidad.

Recuerdo también, que nunca nada me pareció tan estúpido y tan desprovisto de sentido como aquel ridículo vaivén del tráfico, siempre igual, recorriendo las mismas cuatro direcciones con injustificada velocidad.

Imágenes superpuestas, a manera de efectos cinematográficos, sobre mis ansias de tragedia, parecían burlarse de mi imaginación entristecida por la vida misma...

★

Bares. Mesas rodeadas de gente sentada. Mujeres de boca rojas, insinuándose si con el gesto, con el pensamiento a todos aquellos hombres, de cuyos ojos pende siempre la misma, la terrible expresión de deseo insatisfecho. Hombres caminando de prisa, como si realmente tuviesen prisa.

Todo ese vértigo humano, así, ante la noche que avanza sobre la ciudad me da la impresión de niños huyendo a la oscuridad...

Y sigo soñando.

He llegado a casa. Mi esposa me espera sentada a la puerta que da al patio del conventillo, donde otra mujer lava unas ropas inmundas, entonando una estúpida letra de tango, y unos chicos, limpios de alma y sucios de pies y manos, construyen fantásticos castillos con latas de sardinas y de kerosene.

—¿Y, Mitia?...

—Nada...

—¡Ah!...

Y Dina no dice más.

Yo me quito el sombrero, lo tiro sobre la cama y me siento en cualquier parte. Qué sé yo dónde. Miro las paredes, a mi mujer, a la que lava la ropa y todavía canta, a los niños que no hacen caso de la miseria. Me miro a mí mismo. Por dentro y por fuera. Veo que soy un maldito de Dios y vuelvo a maldecirlo a mi vez crispando los puños, como si verdaderamente pudiera contra él.

—Dina, ¿querés que salgamos un rato?

—¿A donde?

—A caminar... Por ahí... a cualquier parte, con tal que salgamos de esta pieza inmunda, aunque sea por un rato.

—Vamos.

★

Salimos. Es ya de noche. Los que nada tienen, no pueden darse el lujo de temer ser robados. Dejamos las puertas abiertas, esas puertas que no sirven siquiera para ocultar nuestra miseria.

Pasamos frente a un teatro cuyo letrero baña la vereda en agradables tintes de color.

—¿Querés entrar?...

—¿...?

Sí. Mirá, el administrador es amigo mío, ¿sabés? siempre me ofrece entradas. Si querés entramos, así nos distrae un rato, ¿sabés?

—Bueno, vamos...

★

Estamos ubicados en el centro de la sala, bien por frente al telón de boca, sobre dos cómodas butacas. Comienzan a apagarse lentamente las luces y con idéntica ausencia de velocidad va subiendo el telón sobre el primer cuadro de aquella obra que creí nos iba a servir de distracción.

Mejor es no seguir contando.

La primera escena era ya todo un desastre. Una cama sobre cuya infecciosa blancura yace el cadáver de una mujer y sobre él, un hombre enloquecido.

De común acuerdo, como en todos los actos de nuestra mala vida, abandonamos agradecidos aquella sala y nos pusimos a caminar.

La falta de rumbo nos hace pasar por una esquina, que es la que señaló el destino para nuestra desgraciada unión. No puedo escapar a la vulgaridad de evocar nuestro primer encuentro.

—¿Te acordás, Dina?...

—Sí.

—¡Qué cosa!...

—¿Que cosa qué?...

—Nada... Digo... Todo esto... Yo creí que tenía más chance en la vida, ¿sabés?... Pero está visto que soy un inútil... Porque mirá vos, cuanto imbécil conocemos la pasa bien... ¿Por qué?... Claro, porque ellos saben hacer algo, al menos, que es útil a la humanidad. ¿Me querés decir, qué sé hacer yo que valga para el común de la gente?... ¡Nada!... ¿Has visto?...

De rato en rato Dina me mira suplicante. Comprendo que la estoy torturando, pero estoy afiebrado y no puedo evitarlo.

—Sí, Dina, escuchá... ¿Para qué te voy a engañar?... No sé porqué, pero se me ocurre que vos me crees un genio. Te pido que no seas para y te dejes de macanas. Me he defendido hasta ahora a fuerza de coraje y de audacia, como mucha gente que anda por ahí. Y ya ves, la suerte me duró poco...

—Déjame tranquila.

Me doy cuenta de que mi sinceridad no tiene objeto. Me avergüenzo de atormentar así a aquella pobre mujer que me soporta con estoicismo de santa. Pero una extraña sensación de placer, superior a mí, que me vence, me obliga a seguir confesándome con la que tan resignadamente sufre.

★

Advierto al lector que lo que en el curso de este inverosimil relato habré de llamar cama, no lo era. Con ella, toda sensación de espantosa miseria, que me propongo brindar al que lea, habría desaparecido, y por ende, mis intenciones se verían dolorosamente frustradas.

Una cama, por pésimas condiciones en que se encuentre, siempre da la impresión de que existe aun un mayor grado de miseria. Y yo quiero dar una idea de la miseria insuperable. De modo que cada vez que aluda al mueble mencionado, imagínese el lector el artefacto que quiera y habrá acertado.

★

Media noche.

Mi mujer y yo compartimos un pedazo de noche fría y triste.

Recuerdo haber leído varios libros de guerra y pienso que quizá será mejor hacer una nota sobre el tema, ahora, que se habla de una guerra ruso-japonesa.

Recuerdo a Remarque, a Barbusse, a Ludwin Renn, a Marcel Capy, a Glaeser, a... Reconstruyo escenas de las alambradas, imagino el rugir de los cañones, el tableteo de las metrallas, el silbar de las granadas, los ayes de los hombres que se desangran, tal como lo leí en los libros. Ni más, ni menos.

Escenas aisladas de los horrores de la gran guerra. Un hombre que contempla el retrato de la esposa, de la madre o del hijo, es siempre una nota que conmueve. Pienso que he de intercalar una de esas escenas. Luego, una granada venida de vaya uno a saber de dónde, destrozará el cuerpo de ese hombre en un millón de pedazos. Y luego otra escena por el estilo. Otra más. Tantas hasta que no pueda ni el lector ni yo.

En fin, tengo la sensación de que mañana comeremos, Dina y yo.

Una idea tan clara, tan nítida de la humanidad enloquecida, como la que yo tenía en ese momento, tenía que rendir, forzosamente, sus frutos. Me siento feliz. Me doy cuenta ahora para lo mucho que sirve, a veces, tener una imaginación enfermiza. Es tanta mi alegría que no puedo menos que gritar:

—¡Dina!...

Parece mentira. Dina se ha dormido. Mientras yo reconstruía todo ese montón de horrores que habrán de darnos de comer al día siguiente, Dina se ha dormido. Volví a llamarla:

—¡Dina!...

No hay caso. No me contesta. Resuelvo dejarla y yo también me duermo.

A la mañana siguiente, iluminado aún por los horrores imaginados en la noche, me pongo a escribir.

Vuelta al doloroso peregrinaje por las redacciones. Vuelta a los atropellos de los porteros y las calles desiertas de almas. He visitado cuatro redacciones de diarios. Otras cuatro de revistas. En todas partes, el fracaso.

A nadie interesa la truculencia de aquella nota sensacional. Ni mi vida que voy dejando un poco en cada una de aquellas visitas inútiles. Vuelvo a la pieza, donde mi mujer encajada en el marco de la puerta, como una estampa, me espera con la misma angustia de todas las tardes. La miro, y no puedo más de desesperación. Pensar que a pesar de todos mis fracasos, justificados quizás, aquella resignada mujer me tiene fe aún. ¿Por qué?...

Y mientras Dina, inmóvil sobre el umbral de la pieza, queda contemplando el último pedazo de tarde que queda sobre el patio del conventillo, yo me tiro sobre la cama, boca abajo y maldigo el día en que viene al mundo...

En su girar pausado, las noches y los días pasan sobre nuestras vidas, como sobre un eje gastado y triste. El fracaso y la miseria es el único pan nuestro de cada día. Todas las noches el mismo inútil esfuerzo de la imaginación, deseosa de ayudarnos, y la idéntica indiferencia de la gente por nuestra desgracia.

Siento que mi imaginación ya no da más para notas. Ni para las truculentas ni para las otras. Estoy vacío por donde se me busque. Todo el caudal truculento, de que es capaz la mente humana, se ha agotado.

Dina sufre siempre en silencio, no así yo, que protesto siempre contra todo, contra los hombres y contra mí mismo. Algún desahogo debe haber a tanto dolor, y se me ocurre que ninguno más a mi alcance que la protesta.

De pronto, y siempre en la noche, surge una resolución. Vulgar, absurda, cobarde. Pero única.

El suicidio...

★

Como cuando he imaginado todas las notas, rigurosamente rechazadas, Dina duerme. Dialogo conmigo mismo sobre un montón de cosas igualmente incoherentes y absurdas. Mil formas de suicidio acuden a mis ojos, clavados en la noche.

—¿Qué diría Dina a todo esto que estoy pensando... ¿Querrá acompañarme en este último viaje?... ¿Eh?...

Creo que no. Quien sabe sufrir tanto, así, en silencio, como sufre Dina es incapaz de semejante cobardía. Recién, entonces, me doy cuenta de que soy cobarde. Pero es una cobardía humana.

¡Tánta gente se mata!... — me digo a mí mismo para justificar la solución que se me ha ocurrido. Pero si Dina no me acompaña, será inútil. Es tanta mi cobardía que solo no me atreveré a matarme.

—Dina...

—¿Qué querés

—¿Ah, no estabas durmiendo vos...

—No.

—Mirá, si no te asustás, te propongo una cosa... ¿sabés?... Estaba pensando en todo lo mal que nos iba.. ¿sabés?...

—Tené paciencia.

—Es inútil, che. Está visto que estoy demás en este mundo. De modo que he resuelto matarme... ¿qué te parece?...

De un salto, Dina se ha puesto de pie y ha encendido la luz. Con los ojos fijos en el techo, permanezco sobre la cama sin atreverme a mirarla.

—¡Mitia!... Estás loco!...

No. Lo he pensado bien, ¿sabés?... Me voy a matar y te dejaré en libertad, le digo, mientras me voy animando a mirarla poco a poco.

Las aletas de la nariz de Dina se han ensanchado tanto que parece que va a estallar de un momento a otro. Su rostro ha palidecido como el de un cadáver y sus ojos no caben ya en sus órbitas de asombro y de espanto. Me arrepiento de haberla asustado tanto.

—No tengas miedo, tonta. Son cosas que dice uno en un momento de inconciencia, Dina. ¿Vos crees que me queda coraje para matarme?... Vení, no seas tonta, acostate y apagá la luz que tengo mucho sueño...

★

Desde los techos vecinos, los gallos van anunciando la proximidad del amanecer. Los oigo perfectamente, porque la idea del suicidio se me ha hecho obsesión y no me deja conciliar el sueño.

Siento sobre mi mejilla el parpadeo de Dina, que tampoco duerme.

—Dina.

—¿Qué?...

—Mirá, se me ha ocurrido una nota feroz. Te aseguro que ésta no habrá nadie que me la rechace. La he pensado bien. Vas a ver, levantate un poco y cebame unos mates mientras la hago, ¿querés?...

Minutos más tarde, dos estampidos sordos, terminaban con mis peregrinaciones, siempre inútiles, y con la silenciosa, la tremenda angustia de mi mujer...

En todas las bocas, en todos los ojos, la misma expresión de estupor. Sólo los grandes sucesos policiales conmueven a la muchedumbre, como veía ahora a toda esta inmensa Buenos Aires, asombrada de mi sangre fría de suicida extraordinario.

Todas las primeras páginas de los diarios estaban cruzadas por enormes titulares negros que resaltaban lo fantástico de mi suicidio.

—¡Qué formidable!...

Mi fotografía, que nunca logró ser publicada en diario alguno, ni como integrante de un grupo callejero cualquiera, aparecía ahora en las primeras planas, con fantásticas leyendas alusivas a mi tragedia. Y tal como yo lo había imaginado, aquella nota, aquella mi última nota, de cuyo éxito estaba tan seguro, estaba impresa en las primeras páginas de todos los rotativos.

Por fin era célebre.

Todos los oídos de la ciudad estaban ahora familiarizados con mi nombre. También Dina, pobre Dina, era célebre ahora.

En el café, en la casa, en el estadio, en las "garconieres", en la calle, en todas parse se anunciaba a voz en cuello lo extraordinario de mi muerte, única, excepcional en la historia de todos los suicidios del orbe. Dina tenía razón. Yo era un genio. Sólo a un genio podía ocurrírsele un fin tan grande para una vida tan insignificante como la mía.

—¡BRUJULA!... ¡DIARIO! CON EL DESCUBRIMIENTO DE UN SUICIDIO SENSACIONAL.

La venta de los diarios era enorme. Los comentarios de la gente no giraban, sino, en torno a mi suicidio, y la sensiblería de los más, se inclinaba por la compasión de la pobre Dina, víctima de mis delirios.

Otros se compadecían de mí. Pero eran los menos.

Eran algunos compañeros que conocían el precio de la sensibilidad y la enorme opresión que se siente sobre el corazón cuando se fracasa siempre.

En los archivos policiales figuraba como un caso de suicidio simple, no así en la imaginación exaltada de los adolescentes, para quienes pasaba a ser un dios de la angustia y de la desesperación.

Sólo con este mi suicidio había logrado reivindicar aquella mi inadvertida vida de asiduo peregrino, reñido con la alegría y la felicidad.

—¡BRUJULA!... ¡BRUJULA!...

¡Qué estrecha era la Avenida de Mayo y aun el mundo todo para contener mis ansias trágicas!

Contemplaba mi retrato en todas las planas blanquinegras de los diarios y advertía que era bueno a pesar de todo. A pesar de mis fracasos, de la maldad de mis semejantes y de la permanente ausencia de Dios en los días de mi vida.

Y pensaba:...

—¡Qué lástima, no debí haberme matado! Con un poco de paciencia quizás hubiese triunfado. ¡Qué lástima!. ¡Qué lástima!...

También la gente, parece que ahora pensaba lo mismo al contemplar mi retrato.

—Tenía que haber sido bueno el hombre, decían algunos que se detenían sobre la triste expresión de mis ojos tristes.

—Tiene cara de poeta, arguían otros, que se detenían sobre mi nombre pocas veces oído en los días de sus vidas.

Y yo seguía arrepintiéndome de haberme suicidado...

★

Pero la verdad era que yo sufría mucho, y toda esa gente que pasaba a mi lado, educada en el amor a Dios y a sus semejantes, ni lo advertía siquiera. Esto me dolía tanto como todos los desaciertos de mi vida.

Aturdido, no me daba cuenta que cada uno de los que me rozaban al pasar, también sufría. Tenía la sensación de habe racaparado todo el dolor de la tierra.

Y los hombres pasaban a mi lado, riéndose a veces, y cantando otras. Entonces fué cuando sentí la invencible necesidad de tomar a toda aquella gente por el brazo y gritarles algo. ¡Qué sé yo qué! Algo bárbaro.

El suceso de mi suicidio y los diarios se borraron de mi imaginación, entorpecida por la tristeza y me perdí en las tinieblas del anochecer por una calle cerca del Río...

★

Y todo esto, aunque rigurosamente verídico, no ocurrió más que en mi imaginación, una tarde en que paseaba por la amplitud de la Avenida de Mayo, la amarga desilusión de un fracaso más.

Cuento de
Demetrio Zadan

Dibujos de
Güida y Rojas

BRÚJULA — Año XXI. — Buenos Aires, 28 de Mayo de 1934 — No. 6832 — 5a EDICION

LA MATO Y SE SUICIDO

El Extraño Suicida

MITIA ZADAN, EL SUICIDA de la calle Paraná número 1965, quien antes de matarse tuvo la serenidad de escribir la nota policial sobre su propio suicidio, y que reproducimos textualmente en esta misma página. En el círculo, el arma con que puso fin a sus días Mitia Zadán.

Atentaron Contra Caffery en Cuba

LE TIRARON 2 BOMBAS

El Embajador Yanqui ha Salido Ileso

DECLARACION

Pirgos ha Sido Sacudida por un Fuerte Temblor

SESIONA EL PARLAMENTO

Tratan la Ley de Réditos y Transacciones

INCIDENCIAS

Pidieron Créditos al Gobierno de Francia

VUELA AUN J. MERMOZ

Viaja sin Dificultades

Radiogramas

SERA SEPULTADO EN EL PANTEON PERIODISTICO

El Círculo de la Prensa al Tener Noticia de su Deceso Envió una Corona de Flores al Conventillo

GRAN SENTIMIENTO DE PESAR

Los protagonistas

El móvil del drama

La Casa del Drama

AQUI, EN ESTE CONVENTILLO de paredes agrietadas por la miseria y el abandono, puso fin a sus días el periodista Mitia Zadán, de quien los vecinos guardan el imborrable recuerdo de su tristeza.

Cotización de la Moneda en el Día de Hoy

LONDRES, 28. (Sideral). — El dólar se cotizó a 5.09,12 por libra esterlina y el franco francés a 77 1/16.

En París

PARIS, 28. (Sideral). — Baja cotización

El Extracto de la Lotería Nacional Va en la Página 6

Un Psicólogo Original

Por C. Mazovski

—HAN llegado, —dijo el encargado de la sección financiera, entrando en la oficina del presidente del establecimiento —; de la Bolsa han mandado tres personas para elegir. Creo que usted los recibirá de a uno; hay que preguntar dónde han trabajado, qué certificados tienen. Todo con mucho cuidado para no dar otra vez con un ladrón.

—Sí, sí, afirmó el presidente.

—Entonces hacerlos pasar de a uno.

El presidente seguía callado reflexionando...

—¡No! Mejor haga pasar a los tres juntos... ¡Llámelos!...

El encargado de la sección financiera abrió la puerta y llamó.

Entraron tres cajeros. El primero era un viejo alto, con largos dedos que parecían destinados para contar monedas. El segundo era de estatura baja, rechoncho, con ojos de pillo, parecía más bien un joyero. El tercero, más joven, era como suelen ser los cajeros: indolente, apático...

—Tomen asiento, ciudadanos —dijo el presidente con un ademán hacia las sillas y atravesando la pieza a grandes pasos se detuvo delante de ellos.

—Díganme con franqueza ¿cuánto hubiera robado cada uno de ustedes?

El encargado de la sección financiera lo miró extrañado.

Los cajeros, turbados, callaban.

—Esto no es ninguna broma; yo les pregunto seriamente. Pido una confesión franca. ¿Qué cantidad, qué suma podría tentarlos para una defraudación? Por ejemplo, usted, dijo, dirigiéndose al viejo, ¿cuánto hubiera robado?

El viejo se levantó y acercó sus finos y largos dedos al nudo de su corbata.

—¿Yo? — preguntó — robar la plata bañada en el sudor del que trabaja... Usted me ofende, discúlpeme, yo protesto...

—Entonces no hay suma por la cual usted se hubiera resuelto...

El presidente no terminó la frase e hizo con la mano un gesto significativo...

—¡No! replicó el viejo sacudiendo enérgicamente la barba y con más furor seguía ocupándose de su corbata.

—¡Bien! ¿Y usted? — dijo el presidente dirigiéndose al gordito.

—Jamás me hubiera permitido cometer tal delito, robar el dinero que pertenece al pueblo —dijo el gordito levantándose decididamente de su asiento—. No soy jugador y en cuanto a las mujeres soy invulnerable.

—¡Bien, bien! ¿Y usted? — dijo el presidente dirigiéndose al tercer cajero — ¿cuánto hubiera derrochado usted? ¿Cuánto robaría?

Como contraste a los dos primeros, éste se quedó sentado indolente y apático.

—Yo... ¿Cómo decirle?... Yo de un medio millón me hubiera apoderado... — tímidamente confesó el interrogado.

—Medio millón... ¿y menos? ¿y cincuenta o diez mil pesos?

—¡No! — meneó la cabeza el tercer cajero — son menudencias, miserias, no vale la pena...

—Entonces ¿si usted tuviera al alcance de su mano medio millón hubiera desaparecido y... si te he visto no me acuerdo? —preguntó sonriendo el presidente del establecimiento.

—Sí, asintió el tercer cajero — así es, se lo digo de antemano, con franqueza.

—Y gente como ésta mandan a una institución municipal, — maliciosamente dijo el viejo — el primero de los tres cajeros.

—¡Está bien! dijo el presidente al tercer cajero — está usted aceptado. Mañana puede empezar su trabajo y ustedes, ciudadanos — dijo dirigiéndose a los dos primeros, ustedes están libres.

Cuando los tres cajeros se retiraron, el encargado de la sección financiera "atacó" al presidente.

—¡Qué ha hecho usted! ¡a quién empleó?

El presidente lo miró con condescendencia.

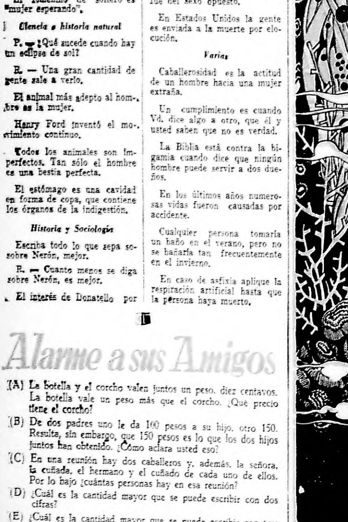
—Usted no entiende nada. Este querrá robar medio millón que jamás verá en nuestra caja y los otros dos, que respetan el dinero del pueblo, no se detendrán ante un centenar de pesos.

—¡Qué psicólogo es usted!...

El encargado de la sección financiera hizo un gesto de desagrado y se dirigió a su oficina pensando en el nuevo cajero.

—¡Mírenlo! Medio millón — rezongaba él — medio millón yo mismo hubiera...

Asustado de su propia idea, miró tímidamente alrededor y entró en su escritorio...



Dicho por Estudiantes

El objetivo de "él" es "ella".

P. — ¿Qué clase de sustantivo es "pantalones"?

R. — Una clase especial, porque es singular arriba y plural abajo.

El femenino de soltero es "mujer esperando".

Ciencia e historia natural

P. — ¿Qué sucede cuando hay un eclipse de sol?

R. — Una gran cantidad de gente sale a verlo.

El animal más adepto al hombre es la mujer.

Henry Ford inventó el movimiento continuo.

Todos los animales son imperfectos. Tan sólo el hombre es una bestia perfecta.

El estómago es una cavidad en forma de copa, que contiene los órganos de la indigestión.

Historia y Sociología

Escriba todo lo que sepa sobre Nerón, mejor.

R. — Cuanto menos se diga sobre Nerón, es mejor.

El interés de Donatello por las mujeres desnudas lo hizo padre del Renacimiento.

Los diarios sirven para dar a conocer calamidades tales como las muertes y los casamientos.

Andrea del Sarto no fué discutidor, mientras que su esposa fué del sexo opuesto.

En Estados Unidos la gente es enviada a la muerte por elocución.

Varias

Caballerosidad es la actitud de un hombre hacia una mujer extraña.

Un cumplimiento es cuando Vd. dice algo a otro, que él y usted saben que no es verdad.

La Biblia está contra la bigamia cuando dice que ningún hombre puede servir a dos dueños.

En los últimos años numerosas vidas fueron causadas por accidente.

Cualquier persona tomaría un baño en el verano, pero no se bañaría tan frecuentemente en el invierno.

En caso de asfixia aplique la respiración artificial hasta que la persona haya muerto.

Alarme a sus Amigos

(A) La botella y el corcho valen juntos un peso, diez centavos. La botella vale un peso más que el corcho. ¿Qué precio tiene el corcho?

(B) De dos padres uno le da 100 pesos a su hijo, otro 150. Resulta, sin embargo, que 150 pesos es lo que los dos hijos juntos han obtenido. ¿Cómo aclara usted eso?

(C) En una reunión hay dos caballeros y, además, la señora, la cuñada, el hermano y el cuñado de cada uno de ellos. Por lo bajo ¿cuántas personas hay en esa reunión?

(D) ¿Cuál es la cantidad mayor que se puede escribir con dos cifras?

(E) ¿Cuál es la cantidad mayor que se puede escribir con tres cifras?

(F) De Buenos Aires a Montevideo un aeroplano pone 1 hora y veinte minutos, pero de Montevideo a Buenos Aires, sólo 80 minutos. ¿Cómo se explica usted esa diferencia?

(Las soluciones en la página 6)

Luces y sombras en el fondo submarino

RUMBO a las grandes profundidades metido en la caparazón metálica de una escafandra, submarino individual, cilíndrico hermético de acero del cual surgen dos enormes tentáculos terminados en gruesas pinzas mordientes.

Instalado en su interior el hombre no piensa en la presión ni en la enorme masa líquida que pesa toneladas y toneladas sobre la pequeña superficie de su alojamiento en el fondo inconmesurable del mar que explora.

Una bomba le manda aire a la presión normal de la tierra y, si quiere, los aparatos se lo regeneran al igual que en los sumergibles de guerra.

Manejando las palancas y manivelas acciona las pinzas exteriores, sentido táctil del husmeador de océanos, brazo prahansid del buscador de tesoros hundidos por los corsarios.

Para hablar dispone de un hilo telefónico; ese cable lo mantiene en contacto continuo con su mundo. Si quiere cambiar de lugar murmura cuatro palabras ante el micrófono y entonces, a 150 metros sobre su cabeza, la grúa de la cual pende su armadura se desplaza arrastrándolo por las honduras submarinas.

Y así, envuelto en metal, el hombre se mantiene extranjero, intruso, con los sentidos ajenos a la vida que palpita en su derredor.

Pero tiene la dicha de ver. De la escafandra brota un proyector que gira, se mueve, escruta y en su curiosidad despierta el alma de algún navío muerto o conmueve las ánimas de alguna fantasmagórica ciudad acuática.

La Bola de Mr. Beebe

Esas escafandras, que perfeccionadas podrían ser de gran utilidad — en las búsquedas escenográficas no van más allá de los 200 metros. Solamente un sabio norteamericano, el explorador de los abismos, Mr. William Beebe, ha creado un aparato en el cual logró descender hasta los 800 metros.

Al igual que el profesor Piccard — que en su esfera hermética llevó hasta el vacío de los cielos aire respirable y presión normal — Mr. Beebe descendió en una bola de acero, cuyas paredes podían resistir la espantosa presión de 100 kilogramos por centímetro cuadrado. Suspendido de un cable de cerca de un kilómetro de longitud, el sabio estaba encerrado en su ciudadela, prestos los sentidos a las oscilaciones de las agujas de los aparatos, manejando los disparadores de las cámaras fotográficas, haciendo girar los diales de raros calentadores eléctricos que le proporcionaban una temperatura resistible en ese ambiente donde el termómetro marca siempre varios grados bajo cero.

Fijados a la caparazón, dos proyectores blindados mandan su carga de luz a perderse en el misterio de los abismos y Mr. Beebe mira a través de una ventanilla taponada con un trozo de cuarzo de 300 kilos de peso.

Un hilo telefónico lleva la voz del sabio hasta la superficie, donde una estenógrafa toma rápidos apuntes de las impresiones de Mr. Beebe.

Así era cómo se esperaba poder desentrañar el secreto del mundo abisal. Pero, así como Piccard encontró en el éter un azul de una intensidad creciente hasta el negro nocturno, Beebe halló en el fondo del océano una noche opaca, cual si se hubiera hundido en un mar de betún.

La oscuridad defiende el misterio.

¿Y los proyectores?

Al tocar fondo, Mr. Beebe los encendió. El haz por ellos proyectado pareció aplastarse contra un estuche de tenebrosas brumas. Vió algunos peces, a los que fotografió. Pero después, cuando se le ocurrió apagar los focos, los apercibió mejor.

Porque en esta noche abisal, inhumanamente aumentada por un silencio de tumba, la fauna se revela por sus fosforescencias verdosas, azuladas, rojizas, malvas.

El Pueblo Espectral

Todo un pueblo de claridades espectrales, ondulantes, en medio del cual Mr. Beebe vió de pronto avanzar las fauces de un animal invisible.

Y vió solamente las terribles fauces abiertas, cuyo interior irradiaba un resplandor nacarado.

Vió también acudir a ese pozo orlado como de luz neón a un conjunto de pececillos cual una nube de luciérnagas que desapareció en el fondo de ese antro luminoso.

Las fauces infernales se cerraron sobre ese drama y todo desapareció en la noche cómplice, sacudida por lentos meteoros.

Las Búsquedas Afanosas

La heroica experiencia de Mr. Beebe, renovada en distintos puntos y a diversas profundidades podría aportar, lentamente, nuevos datos sobre la vida abisal. Sea como fuere, todas las investigaciones realizadas hasta ahora por el hombre encerrado en aparector del Museo Oceanográfi- ministrado más que un conocimiento relativo de lo que hay y de lo que sucede en los mares impenetrables.

La ciencia oceonagráfica, que cuenta entre sus cultores a hombres como el príncipe Alberto de Mónaco y a sabios de la talla de M. Joubin, director del Museo Oceonográfico de París, y M. Refé, profesor de ese mismo museo, ha logrado con sus máquinas de sondear, sus sondeadores con cuchara, un arsenal de termómetros, redes y un copioso material de instrumentos de precisión y de trucos de pescadores, unidos a un caudal de paciencia, tenacidad y de búsquedas incansables, ha logrado, decíamos, revelar lo que podrían ser los fondos marinos, con sus habitantes, sus seres, su geografía, la topografía de sus países inmensos e invisibles que, como los nuestros, poseen llanuras, desiertos, montañas, abismos por entre los cuales pasan las corrientes, verdaderos vientos regulares de esas profundidades.

Así fué como se pudo establecer que todos los continentes se continuaban debajo del agua, hasta 200 y 300 metros de profundidad, en una especie de pseudopodio metido en el océano.

Fecundidad del Mar

En el mar la luz puede penetrar en las aguas. Hasta los 60 metros bajo la superficie la vista puede hallar vegetación. Más al fondo, arenas y rocas constituyen el panorama.

Pero muéstrenos el mar jardines o desiertos, el ojo del hombre podrá hallar siempre vida, vida intensa, en sus fondos.

Fondo de mar.

Turbas inmensas de peces migratorios. Ejércitos misteriosos, numerosos como una multitud, profundos como una casa de varios pisos. Arenques, bacalaos, sardas van unidos como por una argamasa.

Son muchos. Tantos que, para contarlos, no alcanzarían ni los quinquillones. Mis ojos vieron desfilar ese ejército a lo largo de 200 kilómetros; no encontraron ningún intervalo en su masa.

Y esa invasión pasa, desaparece y aparece misteriosamente, obedeciendo a leyes extrañas. Son elementos sujetos a la fatalidad. Siguen su ruta guiados por el instinto, sin preocuparse por las devastaciones del pescador, seguros de su alucinante opulencia y de su fecundidad.

Son el símbolo gigantesco y eterno de esa matriz inagotable que es el mar.

Seres de Leyenda

Para conocer toda esta vida animal que fluye a los mercados de los puertos, los sabios han imitado a los pescadores. Rastrearon los fondos con mallas en forma de bolsillo que llebaban a la superficie con su carga destinada al estudio.

No conozco un espectáculo más emocionante que aquel que proporciona el surgimiento de una de esas bolsas chorreantes cargadas de pedrería viviente.

¡Cuántas veces he contemplado ese espectáculo, sin cansarme jamás!

¡Misterio de las aguas negras!

Silencio viviente...

La red desborda de haces de estrellas rojas.

Parece que hubiera atravesado un cielo de leyenda.

Salen peces de un color broncíneo, con belfos pronunciados, de cuerpo barnizado, mostrando sobre el vientre una ancha ventosa que les sirve para adherirse. Son los peces ratón.

Aparecen huevos de raya, parecidos a una cartera de caucho o a sobres de borde rasgado.

Al volcar la red vimos unos peces gelatinosos, en forma de arpón; animales furibundos, que giran sus ojos en todas direcciones y lanzan en torno un grueso chorro de jugo negro, que, en contacto con la carne la inflama más que la potasa.

Había gatos de mar, azulados, vitrificados, parecidos a porcelanas de Copenhague, con la cabeza arrugada de un bull-dog y unas fauces duras, adornadas por seis dientes descarnados, listos para triturar salvajemente.

Aparecen pejesapos de aletas en forma de patas de batracio, luciendo en la parte superior del cráneo dos antenas flexibles que atraen a los pececillos incautos; la bocaza lista los atrapa y engulle en cuanto los confiados se acercan a ese cebo seguro.

Vimos bacalaos teñidos del verde translúcido de las algas y manchados de rosa, abriendo sus grandes ojos pálidos bordeados de oro.

En la noche, la claridad cruda de los focos despertaba ese hormigueo de reflejos metálicos como las alas de coleópteros, entre los que los ojos fosforecentes de los langostinos parecían constelaciones que alumbraban seres vibrátiles pintados de hollín.

Las gelatinosas medusas dejaban arrastrar sus serpentinas rosas o azules, entre las que el nácar de las almejas hacía pensar en cintas, puntillas, bordados adornados de fantásticos trozos de seda irisada.

Todo lo que vive en el fondo de los mares emerge a la luz en las redes ávidas de los hombres de ciencia.

Los mares cálidos nos mostraron ejemplares raros. Surgió el "dactilóptero" de las aguas brasileñas o antillanas, mostrándonos sus alas, aletas y patas. Camina en el fondo del mar y en tierra. Vuela hasta 10 metros sobre la superficie del agua. Posee en la parte derecha de su cabeza un ojo titilante, vivo y, en la izquierda, uno blanquecino, ciego. Porque es del lado izquierdo que descansa sobre el lecho marino.

Hay unas anémonas que, bajo la apariencia de un enorme clavel, no son más que animales cuyos tentáculos en corona, al tocar una presa, las fulminan con el ácido que segregan las microscópicas ampollas que poseen en sus pétalos vivos.

Los caballos marinos, de un color de planta leguminosa, han resuelto de una manera ultramoderna el problema de la maternidad. Son los machos los que tienen cría. En efecto, el caballo marino está provisto de un bolsillo ventral en el cual la hembra pone cuatro huevos. Y es ahí, en ese depósito del macho, donde van a nacer y a desarrollarse 200 caballitos marinos que, llegado el tiempo, el padre expulsa por sacudidas.

Hay salmonetas que caminan sobre el fondo con sus aletas pectorales extendidas como las alas de las mariposas.

Los peces bombas, de los mares tropicales, tienen escamas en forma de mosaicos. Cuando se los ataca, se inflan como un globo y se distienden para hacer aparecer sus dardos erizados.

Y miles y miles de especies más.

Peces Gastrónomos

Es un juego para la raya gigante desmenuzar las caparazones entre sus mandíbulas de dientes chatos.

¿La estrella de mar desea engullir un erizo? Pues, hace avanzar su propio estómago y lo coloca sobre el animal, absorbiéndolo vivo. Y toda esta operación la ha realizado sin cambiar de lugar.

Peces venenosos por débiles se colorean brillantemente para hacerse más notables y evitar que los demás bichos se les acerquen; es esta una forma de vivir en paz.

Los cefalópodos se tornan tan transparentes que apenas se distingue el contorno de sus cuerpos.

Existe un molusco sorprendente, el "claucus", que nada siempre cerca de la superficie; su torso es azul, para confundirse con el agua y evitar así las embestidas de los pájaros marinos, y su vientre es blanco para semejar la superficie brillante y salvarse de sus enemigos submarinos.

Los extraños sifonóforos dejan flotar sus filamentos de medusa, provistos de pequeños órganos táctiles mediante los cuales identifican a los cuerpos que encuentran; si juzgan buenas las presas, descargan sobre ellas sus aguijones inoculadores de un líquido venenoso que, inyectado en una paloma, la adormece para siempre.

El Mar Intacto

Y aún no hemos visto nada. ¿Hasta cuándo seguirá en el misterio la profundidad submarina? Este, Oeste, Sur y Norte fueron hollados ya por la planta del hombre. Las máquinas horadaron el cielo y llegaron hasta más allá de todos los horizontes. Sólo el fondo, el fondo lejano de los mares y de los océanos nos ocultan su panorama y su vida.

Esta vez, la naturaleza está venciendo al hombre.

por Emilio Condroyer ★ ilustración de Gilda

Rasqueteando la Historia

Por Vicente Rossi

DICE nuestro cronista Trelles: "Al retirarse, apuradamente, en 1535, don Pedro de Mendoza, por hostigación de los indios querandíes, dejó abandonados en las márgenes del Plata 5 yeguas y 7 caballos. De este plantel se originaron las manadas de innúmeros cimarrones que vagaban por las pampas porteñas, cuando Garay lleva a cabo la repoblación de Buenos Aires en 1580".

Si Trelles no poseía imaginativa escenográfica aprovechó la de sus colegas predecesores, hábiles sustractores de la verdad y teloneadores de "fechos" supuestos o ignorados.

Mendoza funda y "sale vendiendo almanaques", dejando nada menos que el plantel de nuestra riqueza equina .. Otra fundación, y "a la disparada"...

Cuarenta y cinco años después viene Garay y repuebla... y se encuentra con la gloriosa bagualada de su antecesor... cuya utilidad le enseñará a los indios y los gauchos, porque si hubo plantel y hay bagualada, por mal cronicante que se sea, bien puede concederse a Garay el honor inmarcesible de haber preparado nuestra máquina principal para la creación de la patria... Y a Mendoza podemos titularlo "genio de la bagualada épica".

Pero... fundar sin finalidad alguna, con nada, con nadie y para nada, es legítimo cuento árabe. Alguien ha dicho que la mentira histórica no observada, el Tiempo la consagra como verdad; en la China y en el Japón es corriento, más no puede serlo en el Plata, donde la viveza nativa supera a todo elogio; no tendremos pues consagración de la mentira por mucho tiempo que se amontone a su favor; luchamos con los hombres y sus berretines; nuestros historiantes escriben como libertos y no como libres, y no pueden quitarse el berretín de las fundaciones, precursiones, plantelaciones, introducciones, videncias, ordenaciones, etc. ,al tenor de las que en este momento vamos a rasquetear puesto que de caballos se trata.

¿Cómo pudieron ser traídas por sobre el océano las 5 yeguas y los 7 caballos? Sabido es que en los barcos de la época no resistían el largo viaje la media docena de animales mayores que podían traerse con relativa comodidad; morían vencidos por el mareo, los golpes, el hambre y la sed; y si llegaban no servían para nada.

De suponer es que nos trajeron tan sólo esa docena; su intención era usarlos para andar más ventajosos en la pelea si la hubiese, ya para sostenerse, ya para disparar; de cajón es que debieron traer animales para toda la pandilla; nadie iba a comprometer su pellejo de a pie viendo a otros montados. Es, pues, imposible que hayan traído caballos; ni perros siquiera. El plantel de Miendoza ha sido un grupo histórico, destruido más tarde por la aparición en Patagonia de restos fósiles del caballo autóctono. No contemos con la prueba patagónica y lo mismo anularemos el plantel con sus propias afirmaciones:

Para que aquella docena de abandonados oficiara de plantel, se presentan inconvenientes serios y graves: Lo probable es que los caballos no fueran enteros; más que probable, seguro; porque aquellos sujetos eran maturrangos famosos, a. extremo de que, en sus clanes europeos, de rey abajo, todo bicho capaz de enhorquetarse en una "caballería" (así les llaman a los equinos), lo hace en "jaca" (así llaman a la yegua), por ser más mansa y dominable; lo que en tierras del Plata no jinetearon nunca el indio, el gaucho ni el paisano, por considerarlo ridículo y hasta deshonroso. Y como eran castrados los siete jacos, las jacas no pudieron dar jaquitos, y el plantel fué plancha.

¿Quién es capaz de asegurar que aquellos animales abandonados "en las márgenes del Plata" iban a escaparse de las manos de nuestros indios? Nadie.

¿Quién se animaría a suponer briosidad en aquellos bichos víctimas de un viaje largo y terrible; secados a mareo y disentería? Nadie.

El plantel debió ser unos armazones de huesos dentro de un cuero canchado de graves peladuras; por eso fueron abandonados. Allí donde los desembarcaron se quedaron los pobres fletes; los jefes de la pandilla han tenido la intención de hacer su entrada en el bajo porteño, montados a lo Carlos Cinto, para ver si, con tal parada, los indios se cohibían como los alemanes, pero les fracasó el intento; las jacas no aguantaban ni una jerga sobre el lomo sin venirse al suelo.

El apuro en la disparada al extremo de abandonar aquellos animales, si se hubiesen podido reembarcar o jinetearlos, habría significado para Miendoza y su pandilla el final de Salís y la suya en la otra banda, que, fieles al apelativo del jefe, salieron bailando "sobre las olas" empujados por las melodías de la jazz charrúa.

Los indios que reembarcaron a Miendoza eran pampas y no querandíses; éstos vivían al Norte de Santa Fe y pertenecían a la grande y noble raza guaraní; aquéllos, a la grande y valiente raza araucanos. Los primeros eran vegetarianos; los segundos, carnívoros, y su manjar más apreciado la carne de equino, con preferencia de yegua. El plantel cayó en manos de los pampas: lo cuidaron, lo cebaron y se lo banquetearon. Si hubo ganado cimarrón, no cabe ni un centavo de duda que no derivó de aquel plantel.

Muchos miles de años antes de la era colombina, nuestro indio jineteaba caballos enteros y se mantenía de la carne de yeguas; desciende de esa raza equina nuestro actual caballito criollo, el de cabeza acarnerada, reservado, fuerte y sobrio como el indio; ese maravilloso caballito en el que la edad no es control de energías, que llevó al suizo Tschiffely: "Estos lo llevarán, y lo traerán, si usté quiere".

Veamos ahora las "pampas porteñas", donde, según Trelles, se reprodujeron las jacas y jacos de Miendoza, que tuvo la dicha de contemplar Caray. Naturalmente, debe referirse a las de la provincia de Buenos Aires, que nunca hemos llamado así; decimos "pampas", por saber lo que son y dónde están, y nada más. "Porteño", es lo referente a la ciudad de Buenos Aires, y deriva del "porto" (puerto) portugués; pues de esta nacionalidad fueron los primeros y principales pobladores de la ciudad y los únicos bucaneros con vara alta en el estuario del río. Llamaban "porto" al fondeadero frente al fuerte y cuatro ranchos que ocupaban lo que hoy es la Casa Rosada, pero allí no había puerto, ni pueblo, ni nada; unos atorrantes sucios metidos en aquel cubil hediondo; sin la más confusa idea de lo que significaba su presencia allí; ni de la misión de aquel atorradero de ratas y parásitos; ¡ah! Estos sí legítimos, formidables e indiscutibles planteles traídos por las gloriosas expediciones de ultramar, que cimarroneaban en la pelambre de sus propios introductores.

En Chile, son porteños los de Valparaíso; derivación del "porto" (puerto) italiano, porque allí instaló un refugio marítimo un genovés en la era colombina, y a ese refugio el y su gente llamaron "porto", y lo era en verdad. Este genovés, ni soñó que allí podría un día surgir una gran ciudad, como lo es hoy Valparaíso; como no lo soñaron los seudos "fundadores" de Montevideo y Buenos Aires (¡con estatua en ambas ciudades!) Su "porto" era un refugio de recalada necesario en aquellas bravas e inhospitalarias costas: la población se formó por sí sola.

Y en lo que a nosotros respecta, lo dicho sea sin perjuicio de que Caray o algún otro "prócer" de la magia "conquistadora", haya dejado debajo de alguna "piedrecilla" un "pergaminillo de aqueste tenor": "Vosotros que aquí poblaréis os llamaréis porteños, en nombre de Ss. Ms. Cacólicas, que D. g."

La "piedrecilla podría "descubrirse" cualquier día en alguna excavación en la Plaza de Mayo; el "pergaminillo" estará ilegible, pero puede descifrárnoslo el señor Corres Resuello, que, por intermedio de nuestra "prensa seria", nos está proveyendo de esos inefables "descubrimientos" hace un tiempito.

Intimidades de Escritores

CONTADAS POR ELLOS MISMOS

En una carta a un antiguo y estimado corresponsal, fechada el 4 de enero de 1848, Edgar Allan Poe revela las causas por las que se dedicó a la bebida. Es un secreto tan conmovedor como cualquiera de los referidos en sus hermosos cuentos:

"Dice Vd.: ¿Me puede indicar cuál fué el "terrible mal" que produjo las "irregularidades lamentadas tan profundamente"?

Sí, puedo hacer algo más que indicar. Este mal fué el más grande que podía sucederle a un hombre. Hace seis años, una esposa a quien yo amaba como jamás hombre alguno amó antes, se rompió un vaso mientras cantaba. No se tenía esperanza por su vida.

Me despedí de ella para siempre, y padecí todas las agonías de su muerte. Se restableció en parte, y otra vez tuve esperanza. Al fin de un año, el vaso volvió a romperse. Yo pasé por el mismo trance anterior...

Y después otra vez — otra vez — y aún una vez más, en intervalos diferentes. Cada vez sentía todas las agonías de su muerte. Y en cada acceso la amaba más y más y me aferraba a su vida con desesperada pertinacia.

Pero soy de naturaleza sensitiva, nervios en grado no común. Me volví loco, con largos intervalos de horrible juicio sano. Durante esos ataques de absoluta inconsciencia, bebía — sólo Dios sabe cuántas veces y cuánto.

Como era natural, mis enemigos atribuyeron mi locura a la bebida, en vez de atribuir la bebida a la locura.

Yo había, en verdad, casi abandonado toda esperanza de una curación permanente, cuando encontré una en la muerte de mi mujer.

Esta muerte la puedo soportar y la sufro como corresponde a un hombre.

Era la horrible oscilación sin fin entre la esperanza y la desesperación, lo que no hubiera podido soportar por más tiempo, sin la pérdida completa de la razón. En la muerte de lo que era mi vida recibí una nueva, pero — oh, Dios mío, — ¡cuán melancólica existencia!"

EL VIERNES A LAS SEIS, UN AHORCADO



CUANDO el estudiante de medicina Richard Bracquemont se decidió a tomar el cuarto número 7 del hotelito Stevens, calle Alfred Stevens 6, ya se habían ahorcado ahí en el crucero de la ventana, tres personas en tres viernes consecutivos.

El primero era un viajante de comercio suizo. No encontraron su cadáver sino el sábado a la tarde; el médico comprobó que el suicidio debió haber tenido lugar entre las 5 y las 6 de la tarde anterior. El cadáver pendía de un fuerte gancho que estaba clavado al crucero de la ventana y servía para colgar ropa. La ventana estaba cerrada; el suicida había empleado el cordón de la cortina. Como la ventana era muy baja, el muerto estaba casi arrodillado en el suelo; debió haber puesto en juego una enorme tenacidad.

Se supo además que estaba casado y era padre de cuatro hijos, que su situación era acomodada y que siempre había tenido un excelente carácter. No se encontró ni un papel escrito que pudiera aclarar el suicidio, ni un testamento; ninguno de sus conocidos le había oído manifestar jamás la intención de quitarse la vida.

No era muy diferente el segundo caso.

El artista Karl Krause, ciclista equilibrista del vecino Circo Medrano, tomó el cuarto No. 7 dos días después.

Como no se presentó al espectáculo del próximo viernes, el director envió un sirviente al hotel: éste encontró al artista ahorcado en el crucero de la ventana, con la puerta del aposento abierta y en el mismo estado que su predecesor. Este suicidio no pareció menos misterioso; el celebrado artista recibía un sueldo bastante elevado y como muchacho de veinticinco años gozaba de la vida a rienda suelta.

Tampoco se encontró nada escrito.

Karl Krause dejó una anciana madre en Alemania, a la cual siempre había mandado doscientos marcos el primero de cada mes. Para la señora Dubonnet, dueña del hotelito, esta segunda muerte en el mismo cuarto, tuvo consecuencias desagradables. Se fueron algunos huéspedes y varios clientes habituales no se presentaron.

La señora Dubonnet recurrió al comisario del noveno distrito, que prometió hacer por ella todo lo que estuviese en su poder. No sólo continuó sus investigaciones sobre las posibles causas de ambos suicidios, sino que puso a su disposición un agente que examinó el aposento del misterio.

Era este agente el gendarme Charles-Marie Chaumié que se había ofrecido voluntariamente.

Antiguo "marsouin", soldado de infantería con once años de servicios, este sargento, de guardia en las noches del Annam y del Tonkin, había saludado tantas veces la inesperada llegada de piratas amarillos con una bala de su Lebel, que parecía el más indicado para hacer frente a los espectros de la calle Stevens.

Llegó el domingo de tarde al aposento y se echó a dormir después de una copiosa cena. Todas las mañanas y las tardes, Chaumié hacía una corta visita a la comisaría para dar parte de lo ocurrido.

Durante los primeros días, declaró no haber notado nada anormal. El miércoles, sin embargo, dijo que creía haber encontrado una pista, pero que era demasiado dudosa para él poderla explicar. Además, temía equivocarse y volverse el hazmerreír de sus jefes.

El jueves dijo que no tenía nada de nuevo que declarar. El viernes de mañana estaba visiblemente agitado; dijo, medio en serio, medio en broma, que esa ventana poseía en todo caso, una notable fuerza de atracción.

Añadió que lo notado por él no tenía ninguna relación con el suicidio y que si decía más, se reirían de sus conjeturas.

No se presentó de tarde a la comisaría; lo encontraron ahorcado del gancho de la ventana.

Los indicios eran idénticos a los de los casos anteriores; las piernas se bamboleaban sobre el piso, el cordón de la cortina había servido de soga. La ventana estaba cerrada, la puerta entornada.

Chaumié había fallecido a las seis de la tarde.

La boca del muerto estaba abierta y la lengua colgando. Después de este último suicidio en el cuarto No. 7, todos los huéspedes abandonaron el hotel, con la única excepción de un profesor alemán en el No. 15, que aprovechó, sin embargo, esa oportunidad para rebajarse en un tercio el precio del alojamiento.

No fué sino un ligero alivio para la señora Dubonnet que al día siguiente, Mary Garden, star de la Opera Comique, llegase en su automóvil y comprase por 100 francos el cordón colorado de la cortina. Primero, como mascota y luego... porque aparecería en los diarios...

Si esto hubiera tenido lugar en verano, en julio o en agosto, la señora Dubonnet hubiera recibido a lo menos el triple de esa suma; los diarios hubieran llenado sus columnas durante semanas con este asunto. Pero ahora, en medio de la "saison" con las elecciones, Marruecos, Persia, la quiebra de un banco en Nueva York, el divorcio de una dama aristocrática, nada menos que tres "affaires" políticos, no daba abasto el papel. Los sobrios despachos de la policía, acompañados de algunos comentarios, fueron lo único impreso.

Estos despachos contenían lo único que el estudiante de medicina, Richard Bracquemont sabía del asunto.

Ignoraba un detalle; pareció tan trivial que, ni el comisario ni los testigos pensaron en relatarlo a los repórteres. Sólo después de la aventura del médico lo recordaron.

Cuando los policías descolgaron el cadáver del sargento Charles-Marie Chaumié, saltó de la boca abierta del muerto, una gran araña negra. El sirviente espantado, castañeó los dedos y exclamó "¡Diantre, otro de estos bichos!".

En la investigación que se operó sobre el caso Richard Bracquemont, salió a la luz que, al descender el cadáver del viajante de comercio suizo se había visto correr sobre su espalda, una idéntica araña! Pero Bracquemont no sabía nada.

Alquiló el aposento dos semanas después del último suicidio. Escribió regularmente en un diario todo lo acaecido ahí durante su estada.

Diario de RICHARD BRACQUEMONT, estudiante de Medicina

Lunes 28 de febrero.

Estoy aquí desde ayer tarde.

Después de instalarme y de desocupar mis dos valijas, me fuí a la cama. He dormido espléndidamente; daban las nueve cuando me despertó un golpecito en la puerta. Era la dueña de casa que me traía ella misma el almuerzo; me cuida mucho; esto se nota en los huevos, el jamón y el excelente café que me sirvió. Me lavé, me vestí y me entretuve fumando una pipa y mirando al criado hacer mi pieza. Sí, aquí estoy. Sé muy bien que es peligroso el asunto, pero tampoco ignoro que yo soy el hombre hecho para resolverlo. Y si París vale algo — es bastante difícil ganarlo ahora — puedo siempre jugarme la vida con ese fin. Es una oportunidad: voy a tentar la suerte.

No he sido el único que se ha propuesto eso. No menos de veintisiete personas han tratado, en parte, dirigiéndose a la policía, en parte, dirigiéndose directamente a la señora Dubonnet, habitar este cuarto. Había tres damas entre ellos. No me faltaba concurrencia. Probablemente todos eran pobres diablos como yo.

Pero yo he triunfado. ¿Cómo? Fuí quizás el único que pensó dirigirse a la sapiente policía con una "idea" ¡una magnífica idea! Un bluff, naturalmente.

Me dirigí primero a la señora Dubonnet, que me mandó a la comisaría. Durante una semana entera me presenté allí todos los días, siempre me respondían que mi pedido "estaba en consideración" y que volviera al día siguiente. La mayoría de mis rivales habían abandonado la partida desde hace tiempo, tenían algo mejor que hacer que pasar las horas muertas en la mohosa sala de espera; el comisario se irritaba de mi obstinación. Al fin, me declaró categóricamente que era inútil volver.

Agradecía mi buena voluntad como la de los otros, pero no necesitaba el auxilio de aficionados.

"Si yo tuviera algún plan de operaciones", añadió...

Le contesté que lo tenía y bien definido. Naturalmente, no tenía nada. Le dije que mi plan era bueno pero peligroso y podía terminar de un modo trágico y que sólo podría comunicárselo si me daba su palabra de honor **de que él mismo lo ejecutaría hasta el fin.**

Me dió las gracias y me dijo que le faltaba materialmente tiempo para una empresa de esa clase.

Pero me dí cuenta de mi ventaja cuando me rogó le diese a lo menos una indicación...

Es lo que hice. Le relaté un enorme desatino que se me ocurrió en el acto; ignoro de dónde me vino la extraña idea. Le dije que entre todas las horas de la semana había una de maléfica influencia. Era la hora en que Jesucristo desapareció de la tumba para bajar a los Infiernos; la sexta hora de la tarde del último día de la semana hebrea. Y ésa es la hora entre las cinco y las seis del viernes, durante la cual se efectuaron los tres suicidios. Añadí que más no podía decirle; que lo remitía, sin embargo, a la Revelación de San Juan.

El comisario me escuchó como si comprendiera algo de todo eso, reflexionó un instante y me dijo que volviera esa tarde. Me presenté puntualmente a la hora indicada y vi, encima de la mesa, el Nuevo Testamento.

En el intervalo, yo había hecho los mismos estudios que él; había leído la Revelación, y no había comprendido ni una sílaba. Probablemente, el comisario era más inteligente que yo; en todo caso, me dijo que, a pesar de la vaguedad de mis indicaciones, creía haber comprendido mi tren de ideas y que estaba listo a ayudarme.

Debo reconocer que se ha portado muy bien conmigo. Fué él quien encontró el arreglo con la señora Dubonnet según el cual me alojan y me dan todo gratis en el hotel. Me ha dado un espléndido revólver y una pipa de policía; los gendarmes han recibido orden de patrullar lo más posible la calle Stevens y de acudir a la menor señal de mi parte. Además, tengo un teléfono en el cuarto. La comisaría dista unos metros de aquí; en caso de apuro, puedo pedir en seguida auxilio.

Me gustaría saber cuál es el peligro que me amenaza...

Martes 1o. de marzo.

No ha sucedido nada, ni hoy ni ayer. La señora Dubonnet ha traído un nuevo cordón de cortina de otro cuarto. Por lo demás, no pierde ocasión de venir a verme y, cada cada vez trae algo. Le he hecho repetir todos los detalles sobre el asunto, sin encontrar nada nuevo. Tiene opiniones muy decididas sobre las causas de todas esas muertes. Está convencida de que el ciclista fué víctima de un amor desgraciado; recuerda muy bien que el año anterior venía siempre a visitarlo cierta dama que últimamente no ha aparecido por el hotel.

No está tan informada respecto a la muerte del suizo... pero es imposible saber todo. En cuanto al sargento, se suicidó con toda seguridad para darle rabia. Debo confesar que no me convencen mucho estas explicaciones. Pero he dejado charlar a la vieja; en todo caso, interrumpe un tanto mi aburrimiento.

Jueves 3

Nada, absolutamente nada. El comisario me llama de vez en cuando por teléfono; yo le digo que todo va lo más bien; parece que no le satisface este estado de cosas.

He sacado mis libros de medicina y estudio; en todo caso, no pierdo absolutamente mi tiempo.

Viernes 4, 2 de la tarde.

He almorzado opíparamente; la señora me ha traído una media botella de Champagne, una cena de ajusticiado. Me considera como casi muerto ya. Antes de irse se puso a llorar y a suplicarme; tenía mucho miedo que yo me suicidara "para darle rabia".

Me pidió, en nombre de la Virgen, que no cometiera ese disparate...

He considerado con atención el nuevo cordón de la cortina.

Parece que es de ahí que debo ahorcarme. No tengo muchas ganas de hacerlo. Además, es un cordón áspero y duro y ha de ser muy difícil hacer un buen nudo corredizo con él; sería necesario tener muchísima voluntad para seguir el ejemplo de mis predecesores.

POR

HANNS HEINZ EWERS

Ahora estoy sentado ante mi mesa; a la izquierda, el teléfono; a la derecha, el revólver. Miedo no tengo, pero sí curiosidad.

Seis de la tarde.

No ha sucedido nada. La hora fatal pasó y fué como todas las otras. No puedo negar, sin embargo, que me sentí a veces impelido hacia la ventana, pero por otras causas. El comisario me llamó a lo menos, diez veces, entre las cinco y las seis de la tarde. Estaba tan impaciente como yo.

Pero la señora Dubonnet está satisfecha: alguien ha pasado una semana entera en el número 7, sin ahorcarse. ¡Parece mentira!

Lunes 7 de marzo.

Estoy convencido que no descubriré nada, y me inclino a atribuir los suicidios de mis predecesores a la casualidad.

He pedido al comisario que haga nuevas investigaciones, pues creo que se sabrá a la larga los motivos de estos sucesos.

En cuanto a mí, pienso quedarme todo el tiempo posible.

Es verdad que no conquistaré París, pero en todo caso me encuentro muy bien. Estudio mucho y, además, existe otra razón que me detiene.

Miércoles 9 de marzo

He avanzado un paso. Clarimonde...

¡Ah! es verdad que no he hablado de Clarimonde.

Ella es la tercera razón para quedarme aquí. Clarimonde ¿por qué ese nombre?

Ignoro por qué, pero siento que así debo llamarla. Y apostaría cualquier cosa que si le preguntase su nombre, me respondería: Clarimonde.

La ví desde los primeros días.

Vive en la vereda de enfrente de la callejuela y su ventana es la de enfrente. Allá está sentada detrás de las cortinas. Siempre me observaba como yo a ella y parecía interesarse por mí. Nada de extraño; todo el vecindario sabe que yo habito aquí y la causa; la señora Dubonnet los ha informado.

No soy de aquellos que se enamoran a cada rato y he andado muy poco entre mujeres. Cuando uno viene de Verdun a París para estudiar medicina y, apenas tiene dinero para alimentarse lo suficiente tres días seguidos, tiene otra cosa en qué pensar que el amor. No tengo experiencia y quizás he comenzado el asunto con bastante estupidez. Con todo, tal como es, me agrada.

Al principio, no se me ocurrió entrar en relaciones con ella. Recordé solamente que había venido aquí para observar y que lo mismo podía observar a mi vis a vis que a cualquier otra cosa. Además, es imposible que lo pase estudiando todo el santo día.

Me he cerciorado también de que Clarimonde habita sola en el departamento, al menos, por ahora. Tiene tres ventanas, pero siempre está en la que queda enfrente a la mía; está sentada ahí detrás, hilando en una pequeña rueca.

Mi abuela tenía una rueca parecida, pero jamás la usaba, era una vieja herencia; yo creí que ya nadie trabajaba con esas ruecas.

Además, la rueca de Clarimonde es delicada y pequeña, toda blanca y parece de marfil; deben de ser hilitos muy frágiles los que hace. Se pasa todo el día tras las cortinas trabajando sin descanso hasta que anochece.

Es verdad que en estas callejas y con esta neblina obscurece pronto; a las cinco tenemos ya el crepúsculo. Yo nunca he visto luz en su aposento.

¿Cómo es ella? Casi lo ignoro. Tiene cabello negro y enrulado, y es pálida. Hasta los labios son pálidos; me parece que los dientitos son puntiagudos como los de animales de presa. Los párpados sombrean y, al levantarlos, brillan los grandes ojos obscuros.

Pero yo no veo esto; lo siento, mejor dicho. Es muy difícil distinguir los detalles tras las cortinas.

Otra cosa: siempre lleva un traje negro cerrado, con grandes manchas lilas. Y nunca está sin sus guantes largos negros, para no echarse a perder las manos, quizás. Es curioso ver los rápidos deditos negros: tomar y repasar los hilos casi como un remolino de patitas de insecto.

¿Nuestras nuevas relaciones? Son bastante superficiales y creo, sin embargo, que son más hondas de lo que parecen. Ella empezó a mirar hacia mi ventana y yo hacia la suya. Y supongo que debo de haberle causado buena impresión, pues un día al mirarme se rió y yo también, naturalmente.

Durante un par de días esto siguió, sin otro progreso que el de reirnos con más frecuencia. Me propuse saludarla, pero algo, quién sabe qué, siempre me ha retenido... Hasta esta tarde, y Clarimonde ha contestado con otro saludo. He notado claramente la sonrisa y la leve inclinación de la cabeza.

Jueves 10

Ayer estuve mucho tiempo sobre los libros. No puedo decir que he estudiado mucho; edifiqué castillos en el aire y soñé con Clarimonde. He dormido mal. Al levantarme, fuí a la ventana. Clarimonde estaba enfrente. Nos saludamos. Se rió y me miró un largo rato.

Quise trabajar, pero comprendí que no estaba en tren de estudios. Me senté en la ventana y la miré. Ella también cruzó las manos en las faldas.

Tiré hacia atrás la cortina blanca y casi en el mismo instante hizo ella lo mismo. Nos reímos y nos miramos. Creo que pasamos una hora así. Y luego siguió hilando.

Sábado 12 de marzo

El tiempo pasa; como y bebo; me siento ante mi mesa de trabajo, enciendo la pipa y me inclino sobre un libro. Pero no leo ni una línea. De vez en cuando intento estudiar, pero sé de antemano que es inútil.

Voy a la ventana. Saludo; Clarimonde responde. Nos reímos y nos miramos durante horas.

Ayer de tarde a las seis, estuve un poco inquieto.

Anocheció muy temprano. Sentí cierta zozobra. Me senté ante mi mesa de trabajo y esperé. Sentí que algo me atraía hacia la ventana, no para ahorcarme, se comprende, sino para mirar a Clarimonde. Salté de mi asiento y me escondí detrás de la cortina.

A pesar de la obscuridad, nunca creí haberla visto tan bien. Hilaba, pero sus ojos parecían mirarme. Sentí un extraño bienestar y algo de miedo. Sonó el teléfono. Odié al imbécil comisario que me arrancaba de mi sueño con sus estúpidas preguntas.

Me visitó esta mañana junto con la señora Dubonnet. Ella está satisfecha de mis proezas; le basta pensar que vivo desde dos semanas en el No. 7.

El comisario espera resultados. Le insinué que me encontraba sobre la pista de un gran descubrimiento; el asno se lo ha tragado. En todo caso, puedo permanecer semanas aquí y tal es mi único deseo. No por la cocina y la bodega de la señora Dubonnet. Dios mío, qué indiferente se vuelve uno a estas cosas cuando las tiene siempre, sino por su ventana que ella odia y teme y que yo amo, esa ventana que muestra a Clarimonde.

Cuando enciendo la lámpara ya no la diviso más. Tengo los ojos doloridos de querer verla salir, pero jamás la he visto en la calle.

Tengo un gran sillón cómodo y una pantalla verde sobre la lámpara, cuyo cálido resplandor me envuelve. El comisario me trajo un paquete de tabaco, jamás he fumado tan bueno... y, sin embargo, no puedo trabajar. Leo dos, tres páginas y, al final, sé que nada he comprendido.

Mis ojos registran las letras, mi cerebro rehusa cualquier idea. Como si colgara un cartel: **Entrada Prohibida.**

Al fin cierro los libros, me dejo caer en brazos del sillón y sueño.

Domingo 13 de marzo

He asistido a una pequeña representación esta mañana. Me estaba paseando en el corredor mientras el criado arreglaba mi cuarto. De la ventanita del patio cuelga una tela y encima hay una gruesa araña. La señora Dubonnet ha prohibido que la maten: las arañas traen suerte y ya ha sufrido demasiadas desgracias su casa.

Vi otra araña mucho más chica, un macho que rondaba alrededor de la red. Con prudencia logró avanzar casi hasta el medio, pero al ver que se movía la hembra, se retiró precipitadamente y tentó fortuna de otro lado. Al fin ésta pareció ceder y quedó inmóvil. El macho entró en la red y la hizo vibrar, pero la hembra no se movió. Luego él se acercó rápidamente, pero con infinitas precauciones. Lo recibió la hembra y se abandonó; durante unos minutos pendieron ambos inmóviles en el centro de la gran red.

Luego vi como se despegaba el macho, una patita tras la otra, cual si quisiera evadirse. De golpe se soltó y corrió fuera de la red. Pero enseguida ardió una vida frenética en la hembra que corrió detrás de él.

El macho se descolgó de su hilo, la hembra repitió la hazaña. Ambos cayeron sobre el antepecho de la ventana. El macho intentó huir. Inútilmente; la hembra lo agarró y lo llevó arrastrando a la red, justo al medio.

Tejió su red sobre él y hundió las crueles pinzas sobre su cuerpo. Después de unos instantes soltó el deplorable montoncito de patitas, piel e hilos y los largó con desprecio fuera de la red. Tal es el amor para estas bestias. Gracias a Dios que no soy araña.

Lunes 14 de marzo

Ya no abro un libro. Paso todo el tiempo a la ventana. Y aun cuando oscurece me quedo ahí. Ella ya no está más, pero cierro los ojos y la veo.

Este diario es muy diferente de lo que yo me imaginaba. Habla de la señora Dubonnet, del comisario, de las arañas y de Clarimonde. Pero ni una sílaba de los descubrimientos que yo pensaba hacer. Con todo no es culpa mía.

Martes 15 de marzo.

Clarimonde y yo hemos encontrado un juego muy raro y lo jugamos todo el día. Yo la saludo, ella contesta con otro saludo. Tamborileo con la mano contra los vidrios y ella tamborilea en seguida.

Muevo los labios cual si hablara y ella hace lo mismo. Me paso la mano por el pelo y un instante después, su mano está en la frente.

Un juego infantil y ambos nos reímos.

Es decir, ella no se ríe realmente, es más como algo íntimo, como si yo mismo me riera.

Además esto no es tan estúpido como parece. No es una imitación pura y simple, eso nos cansaría muy pronto, creo, sino algo así como una trasmisión del pensamiento. Pues Clarimonde sigue mis gestos en la mínima fracción de un segundo; apenas tiene el tiempo de ver y ya lo hace; muchas veces me parecen simultáneas nuestras acciones. Esto es lo que me incita a hacer siempre gestos nuevos e inesperados; es sorprendente ver con qué rapidez me imita.

A veces trato de engañarla.

Hago una cantidad de diferentes movimientos sucesivos; luego los repito dos o tres veces. Al fin, repito por cuarta vez la serie, pero cambio el orden de los movimientos o suprimo uno de ellos. Por más ligero que yo haga esto jamás se equivoca Clarimonde. Así paso el día y nunca siento que estoy matando el tiempo; al contrario, tengo la impresión de no haber ejecutado jamás algo tan importante.

Miércoles 16 de marzo

¿No es acaso cómico que jamás haya pensado seriamente en poner mis relaciones con Clarimonde sobre una base más sensata que estos largos juguetes? Anoche pensé en ello. Sin embargo nada más fácil que tomar sombrero y capa y bajar un par de escaleras. Cinco pasos sobre la calle y luego otras dos escaleras. Un obscuro corredor y una puerta con un cartelito: "Clarimonde".

Clarimonde ¿qué? No se qué; pero Clarimonde no puede faltar. Toco y después...

Hasta ahora puedo imaginarme todo, y veo ante mi hasta el menor movimiento que yo haría. Pero no puedo figurarme lo que viene después. La puerta se abre; eso lo veo todavía. Y yo quedo de pie ante la abertura y miro una oscuridad que esconde todo.

Y ella no viene; nada viene, porque en ese piso no hay nada. Sólo la obscuridad impenetrable.

A veces creo que no hay más Clarimonde que aquella que está en la ventana y juega conmigo. No me la puedo imaginar vestida de otro modo que con su negro traje de manchas lilas; ni aun sin los guantes puedo representármela. Si la viera en la calle o en un restaurant, comiendo y charlando... No, me río a carcajadas, es imposible el cuadro.

Muchas veces me pregunto si la amo. No puedo contestar, pues jamás he amado. Si mi sentimiento hacia Clarimonde es amor, no se parece en nada al que he observado en mis compañeros o del cual he leído en las novelas.

Es difícil analizar mis sentimientos. Me es casi imposible pensar en algo que no se relacione con Clarimonde o nuestro juego. Pues es innegable, es este juego lo que siempre me ocupa. Y eso es, lo que menos comprendo.

Clarimonde... Sí, me siento atraído hacia ella. Pero a esa atracción se mezcla otro sentimiento, cual si tuviera miedo: es un leve temor, una zozobra ante algo que yo ignoro.

Al fin —y eso lo sé— iré hacia ella.

Clarimonde está sentada en la ventana e hila.

Hilos largos, frágiles e infinitamente finos.

Hace una red. No comprendo cómo puede hacer esta red sin romper los hilos. Hay animales fabulosos y extraños muñecos en sus trabajos.

Pero, ¿qué estoy escribiendo? Sé perfectamente bien que no puedo ver lo que hila; son demasiado finas las hebras. Y siento sin embargo que su trabajo es tal como yo lo veo... al cerrar los ojos. Sí. Una gran red y muchos seres ahí, animales fabulosos, muñecos extraños...

Jueves 17 de marzo

Me domina una extraña agitación. No hablo con nadie; apenas murmuro un "buen día" a la señora Dubonnet y al criado. Casi no me deja tiempo para comer; quiero sentarme a la ventana y jugar.

Presiento que algo pasará mañana.

Viernes 18 de marzo

Sí, algo debe haber pasado ayer. Me digo —y fuerte para oir mi propia voz— que por eso permanezco aquí. Pero lo malo es esto: tengo miedo. Y ese miedo de que me ocurra algo idéntico a lo de mis predecesores, se mezcla a mi otro miedo, el miedo de Charimonde. Apenas lo reparo. Siento el temor, quisiera gritar.

6 de la tarde

Unas cuantas palabras y me voy.

A las cinco yo ya estaba extenuado. Ahora estoy convencido de que debe existir una relación entre esto y la sexta hora del penúltimo día de la semana. Estaba sentado en mi sillón y el deseo de jugar con Clarimonde, casi se arrastró a la ventana. Lo vi colgando ahí al viajante suizo, tosco y pesado, con el cuello de toro y la cara sin afeitar. Y al esbelto equilibrista y al sargento bajito y vigoroso. Vi los tres, uno después del otro y luego juntos pendientes del mismo gancho con la boca abierta y la lengua afuera. Y luego me vi yo mismo entre ellos...

Oh, ese temor. Sé que está causado tanto por el crucero de la ventana y el horrible gancho, como por Clarimonde.

Que ella me perdone, pero en mi vergonzoso miedo confundo siempre mi imagen con los tres que pendieron ahí con las piernas resbalando en el piso.

Jamás durante un solo segundo he sentido ganas de ahorcarme y no es el temor de terminar así el que me oprime.

No, yo temía la ventana — y a Clarimonde — y algo terrible y vago que sentía venir. Sentí un gran deseo de levantarme e ir a la ventana.

Sonó el teléfono. Antes que pudiese oir una palabra, grité yo mismo adentro: ¡Vengan! ¡Vengan en seguida! El agudo sonido de mi voz dispersó las sombras. Me calmé en el acto. Me sequé el sudor en la frente y bebí un vaso de agua; luego pensé qué le diría al comisario cuando viniese.

Al fin fuí a la ventana, saludé y me reí. Y Clarimonde hizo lo mismo.

Cinco minutos más tarde llegó el comisario. Le dije que me parecía había descubierto algo; pero que no me importunase hoy con preguntas, que en poco tiempo sabríamos todo quizás. Y lo curioso es que al contar estas mentiras me sentía convencido de decir la verdad. Y aún ahora casi lo estoy.

El comisario notó mi estado de ánimo bastante especial y vi que no lo convencían mis tentativas de disculpar el grito angustiado en el teléfono. Dijo sin embargo que no me molestase por él, que siempre estaba a mis órdenes y prefería venir una docena de veces inútilmente a faltar cuando hubiera verdadera necesidad. Me invitó a pasar esta noche con él, pues no era bueno estar solo. Acepté aunque me costó. Me desagrada separarme de este aposento.

Sábado 16 de marzo.

Fuimos a la Cigale y a la Lune Rousse.

Tenía razón el comisario; me hizo bien respirar otro aire.

Al principio me sentía un desertor, pero pronto cesó esa impresión; bebimos, nos reímos y charlamos mucho.

Al ir esta mañana a la ventana creí leer un reproche en la mirada de Clarimonde. Sin embargo, ¿cómo puede saber ella que he salido anoche? En todo caso, no duró más que un instante; luego se rió.

Hemos jugado todo el día.

Domingo 20 de Marzo

Puedo sólo repetir: hemos jugado todo el día.

Lunes 21 de Marzo

Jugamos todo el día.

Martes 22 de marzo.

Hemos hablado. Es verdad que ni una palabra ha pasado nuestros labios, pero haciendo movimientos y mirándonos nos hemos comprendido. No me había equivocado: Clarimonde me ha hecho reproches sobre mi deserción del viernes. Le he pedido perdón, le he dicho que fué una estupidez y una maldad de mi parte. Me ha perdonado y he prometido no ausentarme de la ventana. Y nos hemos besado, hemos apretado largamente los labios contra los vidrios.

Miércoles 23 de marzo.

Ahora sé que la quiero. Ella atraviesa hasta mi última fibra. Puede ser que el amor de los otros sea diferente del mío. ¿Pero existe acaso una mano, una cabeza, un oído, que sea idéntico a otro entre millones? Todos son diferentes; todos los amores son diferentes. Es verdad que mi amor es extraño, pero ¿es acaso menos bello por eso?

¡Si no existiera el miedo! A veces duerme y la olvido, pero se despierta pocos minutos después y no me suelta. Parece un pobre ratoncito que quisiera luchar contra una grande y bella serpiente.

Espera, estúpido miedo, pronto serás devorado por ese gran amor.

Jueves 24 de marzo

Acabo de hacer un descubrimiento: yo no juego con Clarimonde; ella juega conmigo.

Así pasó. Ayer tarde pensaba, como siempre, en nuestro juego. Escribí en un papel cinco series de movimientos sucesivos, para sorprenderla al día siguiente. Cada movimiento llevaba un número.

Me ejercité en ejecutarlos con rapidez, salteando los números pares, luego los impares y luego los primeros y los últimos de cada serie. Fué bastante difícil pero me causó un gran placer, pues me acercaba en cierto modo a Clarimonde. Me ejercité unas tres horas.

Esta mañana fuí a la ventana.

Nos saludamos y empezó el juego.

De pronto golpearon a la puerta: era el criado que traía los zapatos. Los tomé y al volver a la ventana cayó mi mirada sobre el papel encima de la mesa. **Y vi que no había hecho ni uno solo de los movimientos proyectados.**

Agarré el brazo del sillón y me dejé caer. Me pareció increíble. Leí la página otra y otra vez... Tal era el hecho: había ejecutado en la ventana una serie de movimientos y ni uno de los míos.

Y de nuevo sentí: la puerta se abre — su puerta — Y veo... nada, nada. Y supe entonces: si me levanto ahora estoy salvado; y sentí que en ese momento hubiera podido hacerlo. A pesar de eso no me fuí. Pues yo sentía: tienes el secreto. En tus dos manos. París; conquistarás París!

Por un instante fué más fuerte París que Clarimonde... Ya no pienso más en eso. Sólo siento mi amor, y en él mi silencioso y voluptuoso miedo.

Y me dió fuerza en ese instante. Leí de nuevo mi primera serie y volví a la ventana.

No hice ninguno de los movimientos que me había propuesto ejecutar.

Quise tocarme la frente y besé el vidrio. Quise tamborilear sobre el antepecho de la ventana y me pasé la mano por el pelo. Y Clarimonde siguió mis movimientos. Con tanta rapidez, que yo casi podía imaginarme que era yo el que ordenaba.

Hice otras tentativas.

Hundí las manos en los bolsillos, resuelto a no moverlas. Vi que ella levantaba la mano derecha, se sonreía y me amenazaba ligeramente con el índice. Quedé inmóvil. Sentí que mi mano derecha quería salir del bolsillo, pero hice un esfuerzo y hundí los dedos en el forro. Y luego, lenta, muy lentamente, después de unos minutos, se soltaron los dedos y la mano salió del bolsillo y se levantó el brazo... Y la amenacé con el dedo y me reí... Como si yo mismo no lo hiciera, sino otra persona que yo observaba. No, así no. Yo lo hacía y otra persona me observaba. La otra persona que había sido tan fuerte y quiso hacer un gran descubrimiento. Pero ese no era yo. ¿Qué me importan los descubrimientos! Existo para hacer lo que quiera Clarimonde, a la que adoro y temo.

Viernes 25 de marzo.

He cortado el hilo del teléfono. No quiero ser molestado por el imbécil comisario, justo al comienzo de la hora extraña...

Dios mío, ¿qué acabo de escribir? Es mentira todo. Como si alguien me guiara la mano.

Pero quiero, quiero escribir lo sucedido. Me cuesta mucho. Pero quiero hacerlo.

He cortado el hilo del teléfono... ah!... Pues debía hacerlo, al fin.

Jugábamos esta mañana. Hemos cambiado el juego. Ella ejecuta un movimiento y yo me resisto a imitarlo hasta que al fin obedezco. ¡Qué dulce es esta sumisión, esta rendición de mi yo a su voluntad!

Al rato de jugar, Clarimonde sonrió, entró en lo obscuridad y volvió en seguida trayendo a dos manos un teléfono de mesa igual al mío.

Lo puso en el antepecho de la ventana, se rió, tomó un cuchillo, cortó la cuerda y lo llevó de nuevo.

Resistí un cuarto de hora y al fin hice lo mismo con el mío. Así fué.

Estoy sentado ante mi mesa, he tomado té y el sirviente ha venido a buscar la taza. Antes de irse le he preguntado la hora, mi reloj no anda. Son las cinco y cuarto, las cinco y cuarto. Sé que si me levanto Clarimonde hará algo. Hará algo para que yo la imite.

Me levanto. Se para y ríe.

¡Ahora si yo pudiese bajar los ojos! Ella va a la otra cortina. Toma el cordón — es rojo como el mío — y hace un nudo corredizo. Cuelga el cordón del gancho de la ventana. Se sienta y ríe.

No puedo llamar temor lo que siento. Es un miedo terrible que me oprime y que sin embargo no cambiaría por nada en el mundo.

Espero y lucho. Siento que su voluntad aumenta cada instante, cada...

Aquí estoy de nuevo. He corrido y atado el nudo y colgado la cuerda.

Quiero mirar el papel y no hacer otra cosa. Pues sé muy bien lo que ella hará si levanto los ojos, en la sexta hora del penúltimo día. Y si la veo debo hacer lo que ella haga... No quiero mirar...

Me río fuerte. No me río. Algo ríe en mí. Ahora sé por qué: me río de ese "no quiero".

No quiero y se sin embargo que debo mirarla. Debo mirarla, debo, debo hacerlo... Y luego... el resto. Espero para prolongar el martirio.

Este martirio que es la voluptuosidad más inmensa... Escribo, ligero, ligero, para permanecer aquí sentado más tiempo, para prolongar estos deliciosos segundos.

Más tiempo todavía.

De nuevo el terror. Sé que voy a mirarla y a levantarme y a ahorcarme, pero no es eso lo que yo temo.

Pero hay algo, algo todavía: lo que vendrá después. Pues la felicidad de mis tormentos es tan inmensamente grande.

Escribo algo, cualquier cosa. Rápidamente, no pensar... Mi nombre, Richard Bracquemont, Richard Bracquemont... Richard, Richard... ¡Oh! no puedo más. Richard Bracquemont, Richard Bracquemont... ahora, ahora debo mirarla... Richard Bracquemont — debo, no, no más — Richard Bracque...

★

No recibiendo contestación a sus reiteradas demandas telefónicas, el comisario del noveno distrito, fué al hotel Stevens. Ahí encontró el cadáver del estudiante, ahorcado, pendiente del cordón atado al gancho de la ventana. Encontró sobre la mesa el diario de Bracquemont. Después de leerlo se dirigió con un gendarme a la casa de enfrente y comprobó que hacía algunos meses que el departamento estaba vacío.

Ilustración de

RICARDO PARPAGNOLI

Recuerdos de Mendoza



A UNOS 25 kilómetros del límite norteño de la capital mendocina, con Las Heras y en dirección NE, se encuentra una quebrada cenagosa, una especie de oasis clavado en medio de un pequeño desierto salitroso, de escasa y raquítica vegetación constituída por plantas de jarrilla, zampa, usillo y pájaro-bobo cuyos aromas, mezclados en el tamiz del viento, dan origen a un olor agradable, característico de aquel histórico campichuelo en el que San Martín estableció el Cuartel General del Ejército Libertador, aquel "nido de cóndores, donde el águila empollaba el huevo" — según la frase de Obligado.

En la parte más honda de la quebrada a que aludimos existen desde hace siglos unas termas sulfurosas, muy frecuentadas en todas las estaciones del año debido a la fuerza de los aires que allí se respiran a pulmón lleno, y a las propiedades medicinales que según médicos y químicos, poseen aquellas aguas.

Los baños están alimentados por corrientes permanentes llevadas por cañerías o por acequias, desde un arroyuelo formado por la vertiente que surge de un hundimiento de la tierra cuya profundidad no ha sido posible determinar con ninguna clase de sondajes.

Esos baños y el paraje en que se encuentran tienen por nombre "El Borbollón" y al decir de un historiador, eran ya conocidos y acreditados antes de la conquista, según la tradición indiana.

En el lugar abundan las moscas, los mosquitos zancudos, los tábanos y los jejenes. Las moscas son negras, porfiadas como un aragonés y gambeteras como un solterón o como un político entrenado en el arte de las cuerpeadas. ¡No hay moscas blancas en aquellos lugares!

¡Quién hubiera alcanzado los tiempos aquellos en que todos los gobernantes bajaban del poder con las manos exangües pero limpias, y en que tenía tan alto valor la palabra de honor de los individuos y la rectilínea de sus vidas!

Después de esa época todas las moscas se ennegrecieron y ahora no las hay ni siquiera overas ni tordillas. Los mosquitos son color de tierra tirando a gris; tienen las piernas largas como las esperanzas de los pobres; se encuentran por lo común flacones y semitransparentes en la pancita y en las alas.

Casi podría llamárseles mosquitos payadores, si pudieran articular palabras para decir los versos; pero cantan a su manera, en su flautita monocorde, con una nota larga, siempre la misma, que viene a ser como el alerta de los centinelas, pues la repiten de momento a momento mientras revolotean en torno del ser viviente elegido por ellos para víctima.

De manera que cuando se nos asientan en las orejas, la nariz, la frente, e introducen la trompa en la piel para bombear la sangre, ya nos han avisado su propósito de picar con el cantito aquel, rasgo que da ciertos relieves de nobleza a esa estirpe de mosquitos.

No se conducen de este modo esos callados mosquitos del Rosario, procedentes de las islas del Paraná, y resultantes — según algunos investigadores prolijos — de la cruza de los viejos zancudos argentinos, con los mosquitos "gringos" que vienen a estas tierras de América prendidos de las velas o de las jarcias de los buques.

Estos insectos mestizados no cantan, pero pican, y ese picoteo sin aviso resulta más doloroso, por lo mismo que es sorpresivo y traicionero como puñalada de salteador.

Como rey de esos bichitos figura el tábano cuyo estudio dejamos a los señores dermatólogos — que son doctores de pellejerías del pellejo — para ocuparnos finalmente de los jejenes, pequeñitos de alitas cenicientas y brillantes, que en tantas ocasiones nos han tenido esos mandingas sometidos a la tortura de sus clavetees. Se vienen en bandadas, y por miles, con una porfía tal que hacen imposible o muy difícil, una eficaz defensa cuando ellos han emprendido en serio, la ofensiva. Una vez que empiezan a asentarse, voraces como la langosta, chupan y chupan.

Pero el hombre tiene su aliado en las arañas, para las cuales aquellos insectos que hemos mencionado son el manjar más exquisito. ¡Y hay arañas en los yuyales de "El Borbollón"! ¿Qué si las hay? Por millones, y algunas grandes, llamadas "pollitos", que son peludas (negras o castañas) y con unos colmillos como elefante (elefante en miniatura, se entiende).

En el verano el sol parece arder en los salitrales borbollonenses y no hay más remedio que guarecerse en el hotel o en los sauzales del balneario que, como los sauces babilónicos, lloran su inmovilidad y su cautiverio.

Una siesta de diciembre nos hallábamos varios amigos en el salón de baile del hotel, defendiéndonos por la acción de los ventiladores, de la invasión de insectos que empezaba a arreciar desde el yuyal, cuando de pronto se detuvieron numerosos automóviles de los cuales descendió no menos de una ...intena de políticos, que regresaban de una jira preelectoral por el codiciado departamento de Lavalle. Entre ellos había porteños, provincianos y hasta gringos y turcos, que se habían acriollado tanto que se avenían ya al uso del pañuelo al cuello y al arrequintamiento del sombrero, al que sabían hacerle las "quebraduras" y los dobletes que son las fantasías que usa el gaucho para lucirlas en la cabeza. Había entre los políticos aquellos hombres de todo origen y pelaje: desde el personaje enchapado a la antigua y el doctor de lentes de oro, hasta el último malandrín de comité y el clásico atorrante de cafetines de suburbio. Pero como en las épocas electorales todos somos iguales y el rico le palmea el hombro al pobre para atraerlo a su majada, aquella sedienta avalancha de hombres entró al salón de baile e hizo rueda con nosotros, no sin quitarse antes el saco, el cuello y el chaleco, mientras los mozos del hotel les preparaban grandes vasos de fresca cerveza "bien tiré".

Por las ventanas del salón que dan al Sud entraban: el aroma del pajonal mezclado con el olor a ácido sulfúrico que se desprende de la vertiente del balneario, y avalanchas de tábanos, mosquitos y jejenes que se proponían darse un banquetazo con la sangre de los viajeros, los que a su vez se la habían chupado a la Provincia desde diversos cargos públicos.

Entre los recién llegados había un señor muy cabezón, que desempeñaba el oficio de senador "sin voz" pero con dieta. Su cabeza había perdido por completo la cabellera en la parte superior, y parecía un desafío temerario al hambre de los tábanos y demás insectos chupadores.

Como todos estábamos a manotones defendiéndonos de los insectos, menos el calvo senador, alguien preguntó si sus inmunidades legislativas eran suficientes para librarlo de los ataques de aquellos bichos.

—Es que el senador es muy diablo — contestó uno de la rueda — y se hace pintar una araña en la cabeza, de modo que cuando los insectos intentan asentársele para picarlo, ven la araña, y salen "rajando" como alma que se la lleve Dios...

Festejamos con una risotada la respuesta, y se entabló entonces una especie de contrapunto de chistes provincianos, destinados a picar el amor propio de los presentes, por esa especie de rivalidad que aun existe entre algunas provincias, desde el tiempo de las montoneras.

El senador no se hizo esperar y contestó el fuego refiriendo que en La Rioja, cuando los perros ven alguna persona desconocida, se incorporan con gran trabajo y ruido de huesos, y, afirmándose en una pared o en un árbol, abren y cierran la boca acompasadamente, ligero, durante un buen rato, sin producir sonido alguno por el estado de extenuación en que se encuentran por falta de alimento. Y a esas boqueadas de moribundo les llaman ladridos en La Rioja.

Los riojanos quieren que los perros se mantengan — siguió diciendo — con frutitas de piquillín y vainas de algarrobo.

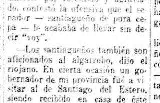
—¿Y qué las vainas son alimenticias? — preguntó uno.

—¡Cómo no!, dijo el senador. En La Rioja preparan con ellas una especie de chicha a la que le dan el nombre de aloja. Previamente cosechan las vainas y cuando tienen "rejuntada" una buena cantidad, empieza el trabajo para la preparación de la "sustanciosa" bebida.

POR

LEON R. GOMEZ

Ilustración de



Este se hace por toda la familia: marido, mujer, hijos y servidumbre, se dedican a masticar las vainas así como "achican" el tabaco los italianos y van arrojándolas así a medio moler y ensalivar, en una bordaleza con agua, donde después de algunos días de fermentación está hecho el famoso licor con que se pone en P. P. aquella gente.

El autor del chiste de la araña pintada era riojano, y ahí no más dándose por resentido y agraviado, contestó la ofensiva que el senador — santiagueño de pura cepa — le acababa de llevar sin decir "voy".

—Los santiagueños también son aficionados al algarrobo, dijo el riojano. En cierta ocasión un gobernador de mi provincia fué a visitar al de Santiago del Estero, siendo recibido en casa de éste por un gendarme que tenía un pie calzado con bota granadera y el otro con alpargata, pero las dos prendas, alpargata y bota, con sendos agujeros por donde se asomaban los dedos cuyas uñas se conocía que estaban peleadas a muerte, desde hacía años, con las tijeras. Al preguntar el visitante por el gobernador santiagueño, el gendarme le contestó: —Se está desayunando, y haciéndolo pasar adelante, le ofreció una silla con cuero de chivato a guisa de esterilla y la ubicó en el patio del caserón, bajo la sombra de un añoso algarrobo de copa amplia y muy ramosa.

El gobernador riojano, después de una larga espera, comenzó a impacientarse: fumaba y se paseaba bajo el árbol desde el cual solían caer en su cabeza partículas vegetales, que él las atribuía al trajín de algunos pajarillos en la espesura del ramaje. Tan larga era la espera, que por fin el gobernante riojano se impacientó de veras y encarándose con el gendarme, le preguntó: —¿Pero está o no está — ¡con mil diablos! — el gobernador de Santiago?

El interpelado, con toda calma y señalando el algarrobo respondió: ¿Pero no lie dicho, niño, que se está desayunando? ¡Si no me quiere creer, véalo!

Y el visitante, escudriñando entre el ramaje, pudo ver al gobernador de Santiago, abierto de piernas, masticando vaina de algarrobo que eran su desayuno favorito, y arrojando al suelo los residuos.

Los santiagueños tienen cada historia... En eso de ignorancia y de cosas raras y ridículas, se parecen a los puntanos. ¡Chorrilleros viejos! El "orgullo hidrográfico" de éstos es el río "Chorrillo" que no lleva agua ni para lavar un pañuelito de mano.

Los mosquitos se pasean por el cauce sin mojarse ni los tobillos, y muy orondos, como si anduvieran en la Costanera de Buenos Aires. Y sin embargo los puntanos hablaron en cierta época de adquirir una flota mercante para navegar el Chorrillo y abaratar así el transporte de los productos que por ferrocarril resultaba caro. A no ser que se tratara de productos de la inteligencia, no veo qué otros podrían transportar, cuando los puntanos no producen ni quesos. Estos se hacen de leche, la leche la dan las vacas, éstas se alimentan con pastos, y pastos no hay... ¡Qué han de haber, si son unos secadales de Dios!

—Eso de la marina, no puede ser — interrumpió un catamarqueño — porque los puntanos son enemigos de las máquinas y de todo progreso por el estilo. Y sino, vean lo que les sucedió al llegar la primera locomotora a San Luis: Como las malas lenguas la habían calumniado y desacreditado tanto, los gauchos la enlazaron — apenas se detuvo en la estación — con el propósito de "carucarla", diciendo que era un "diablo" que habían traído los gringos para arruinar al país, y que en seguida no más se iban a empezar a desarrollar enfermedades como el tifus, la viruela, el cólera, etc.

Y vean lo que aconteció cuando llegó el primer automóvil a la capital de San Luis: En el recorrido que hizo desde la estación ferroviaria hasta la plaza principal, quedó la disparada de gente!... Uno de los que corrían, tropezó y cayó al suelo, siendo levantado por el que salía a la puerta en ese instante atraído por el tropel de la carrera, el cual le preguntó qué le ocurría.

—¡Es qué me viene corriendo un hijo de tren! — contestó el interpelado, con palabras entrecortadas por el miedo.

—¡Si será embustero el "catamarca" ése — exclamó el puntano, que lo había estado escuchando con atención y mirándole sin pestañear, para clavarle la lanceta hasta el tronco cuando a él le llegara el turno.

—La primera vez que D. Braulio (así se llamaba el catamarqueño) fué a Buenos Aires, tomó un coche por hora — dijo el puntano — para recorrer la ciudad que tanto le habían ponderado, y como notara que el cochero arriaba los caballos para ir ligero, aquél se alarmó, y enojándose con el auriga lo amonestó muy seriamente diciéndole que si lo llevaba tan ligero "en seguida se iba a acabar la hora"!

Al día siguiente, hallándose en la calle San Martín trató de cruzar a la acera opuesta en momentos en que pasaba un automóvil, por lo cual dió, asustado, un salto atrás, para volver inmediatamente a intentar el cruce, siendo casi embestido por una motocicleta, que lo obligó a dar otro violento salto atrás, dirigiéndose entonces a grandes gritos al conductor del automóvil para espetarle este reproche: ¡por qué diablos no avisó que venía con cría!

Por un milagro no lo pisaron los vehículos, porque estos catamarqueños son flojos y cachacientos. Parece que todos nacen cansados.

Cuentan que una vez allá en sus pagos, cuando don Braulio era mocito, su papá le dijo —en una noche de aguacero—: "vení muchacho, cerrá esa puerta, que el viento trae la lluvia y se me está mojando la cama".

Y dicen que este cristiano le contestó: "Déme, tata; desde la cama que está cayendo una gotera en un ojo, y no lo cierro de cansao que estoy".

Museo de la Confusión

SALTEANDO algunos Eguren, diversos Palmípedos y uno que otro peruétano cafetal de reciente camilla en el Tortoni, me dediqué últimamente a la lectura de cierto mino de plata nacido en Arequipa y autor, entre otras cosas, de una vergüenza titulada Laureles. Ignoro si esta obra fué escrita a orillas del Titicaca y si su autor, en la ocasión, se encontraba rodeado exclusivamente de quinina, bálsamo peruviano, algodón, cereales, cochinilla, maderas tintóreas, tabaco o guana, productos principales de su zona natal o simplemente si se realizó en las cercanías de Alberto Hidalgo. Lo cierto del caso es que Alberto Guillén obtiene un éxito ruinoso con cualquiera de sus poemas virgilianos, ya sean debidos al Flan radical o al Guanacache. En la composición que titula La Cosecha ya nos demuestra el portalira su incapacidad de valer un Perú. Expresa al final de ella:

(Los sueños que aletean dentro
de nuestro cráneo
más allá de la muerte triunfan
en el geráneo-

Unica manera de triunfar en este caso. Porque lo que es de este lado de la vida apenas si algunas umbelíferas, frutos capsulares, tallos herbáceos y plantas exóticas han logrado dudosos éxitos botánicos de aproximación, contentándose con ser geranios y rimar infortunadamente con cránios y Cattánios. En La Aldea, otro poema del liróforo, advierto este comienzo:

Te dije que he nacido en una
aldea, esta
aldea que hoy tiene prisionera
mi testa?

¿En qué aldea había nacido el testaferro? ¿En Stetson City, en Borsalino Villa, en Mitra Ortúzar bajo el signo fatídico de Orión y en compañía de Capellini Borges con fiore in testa? Ante la imposibilidad de contestar exactamente estas preguntas, pasemos al Madrigal Frustrado que el vate dedica al maravillante Díaz Rodríguez sin maravillar a nadie. Expresa en determinada zona de su composición:

¿Que leo? Sí, a veces por no
tener con quien
decir eso que llevo debajo de la
sien.

¿Qué es lo que pretende conversar el muso? Contarle su oreja izquierda, sus patillas o su cuello palomita al escucha? No creo que sea un tema muy importante como para mantener largos tete a tete o alegrar tertulias en Moquegua, Huánuco y Arequipa. Más adelante, en el mismo poema expresa Guillén:

Si yo encuentro una mano
que me arranque el tallo de la
vida
y me aspire, etc.

Lo que el poeta busca no es precisamente una mano, sino más bien un tentáculo, un hocico, un aspirador eléctrico, una ventosa o una sanguijuela y no se anima a confesarlo por lo comprometedores que resultan estos aparatos. En la composición que titula Panorama, nos da una visión bastante dudosa de las faenas agrícolas peruvianas. Veamos lo siguiente, que pertenece a la composición nombrada:

Cuando el sol por las tardes,
con la tierra se ayunta
y el labrador retorna al hogar
con la yunta,
y el arado en los hombros como
una lira heroica
sobre su cara brilla una alegría
estoica.

Efectivamente. La alegría estoica del que bate sin querer el campeonato mundial de levantamiento de pesas y medidas. Lástima que el labrador no se haya cargado también la yunta, pues así el equipado arequipeño habría obtenido una mayor brillantez para su carásula y conseguido la ilusión de que además de la lira estoica portaba un piano de cola y parte de una troika. El lírida perulero en su Egloga Futurista, expresa:

Un poeta ha cantado las ciu-
dades colgadas
del cielo por penachos de humo.
(¡Son bobadas!)
Ha cantado la fiebre del avión,
el impulso
del auto. Yo me quedo para to-
marle el pulso
al arroyuelo humilde que late a
mi derecha,
mientras el alma sufre en su
cárcel estrecha.

Indudablemente, todo esto de los penachos, del auto y de la avioneta es bastante bobalicón, pero a mi parecer no lo es menos la tomadura de pulso al arroyuelo derechista. Ignoro si el arroyuelo a que se refiere el bardo representa alegóricamente su corazón o si se trata de un verdadero sistema hidrográfico con agua, arenitas labradas, camalotes y márgenes floridas. Si es lo primero, me parece que la alegoría, el aneurisma, la trombosis, el sursum corda y el síncope cardíaco se encuentran completamente a contramano en la vivisección del compatriota de Ricardo Palma. De tratarse de lo segundo, me temo que sea el arroyuelo quien se dedique a tomar el pulso y haga extensiva la tomadura a la testa al alma y a la cárcel estrecha del laureado peruétano.

En la revista "Para Ti", correspondiente al 22 de mayo, la directora hace algunas indicaciones a la mujer ante la desgracia. Entre otras cosas dice lo siguiente:

...pero la mujere debe atender al ministerio de la caridad, debe ser la misteriosa esponja que sabe enjugar las lágrimas y se preocupa en abrir su mano para disminuir la miseria, en explorar los rincones para descubrir los gemidos de la desnudez y el desamparo.

El misterio que rodea a esta esponja es realmente insondable. Algunos videntes aseguran haberla visto con un traje marrón entallado, inspeccionando zócalos, pasando revista a algunos acuarios y aplacando los ayes y quejidos de ciertas sardinas desamparadas y nudistas a quienes consoló regalándoles camisetas, escarpines, cofias peramus y armaduras de lata sellada, al tiempo que las estrecha entre sus manos de esponjario articulado.

★

También en "Para Ti" encontré un articulito muy instructivo, titulado: El arte de amueblar. Dice lo siguiente:

El arte de saber amueblar adornar, dando a cada pieza carácter que deba tener, no es fácil de poseerse. En una misma casa lo que está bien en unas habitaciones es ocioso en otras y lo que para una personas conviene para otras estorba. Una panoplia, que conviene al gabinete de un sportman, de un militar y hasta de un aficionado, no está bien en el despacho de un sabio, y mucho menos en habitaciones femeninas. En toda habitación particular es de efecto deplorable la exhibición de un coffre fort, por rico que sea y aunque le pongamos una artística cerradura. Es preciso ocultarlo dentro de un armario o un vargueño, pues si no resulta de un gusto pésimo.

Yo creo que con este articulito terminarán los deplorables efectos producidos por sarcófagos y ataúdes colocados displicentemente en algunas salitas íntimas, por incubadoras desparramadas en los fumoirs, fiambreras diseminadas en el hall, cajas fuertes en el corral, escritorios ministros en el páramo, avisperos en el nosocomio, sillones de mimbre en el horno crematorio, espejos biselados en el altillo del ciego, triclinios en la pajarera, trampolines en la sala de primeros auxilios, bicicletas en el boudoir del paralítico, bibelots en el microscopio del naturalista, arcabuces en la cuna del nene, pesebres en el invernáculo o tajamares en el comedor. Imperdonable resultaría también la exhibición de un roquefort en la sacristía o en la misa cantada por delicado que sea y aunque se halle suficientemente sujeto por varias anclas, cepos y aparejos.

POR

ANIMULA VAGULA

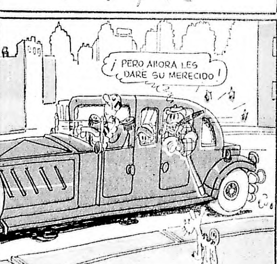
DIBUJOS DE RODRIGUEZ

El Nuevo Rico ★ por H. Rodríguez











DOMADORES EN ROJAS

CAIMOS a Rojas ya de noche, y después de aguantar en el camino un chaparrón de media hora.

En el centro del pueblo nos detuvimos frente al hotel Miranda.

Nuestra experiencia en el trato con los hoteleros hacía que éstos no nos tomasen nunca desprevenidos. Por eso tratábamos el precio de la pensión antes de ubicarnos en la casa.

Ramón y Rossi entraron a tratar. En la acera, un paisano con un traje que tenía mucho de carnavalesco nos miraba sonriendo, como si quisiera decirnos algo, y viéndonos dispuestos se animó:

—Dentren aquí — nos dijo acercándose al coche — si no lo toman a mal. Hay tres buenas muchachas, muy serviciales — subrayó riendo.

—Entonces hay que parar aquí, che. No hay nada que hacer.

—¿Usted para aquí?

—Sí.

—¿Qué tal se come?

—¡Oh! Eso no lo sé porque alquilamos las camas solas. La comida la hacemos nosotros mismos.

—Pero, dígame, ¿usted es paisano, o es artista? Porque esa ropa...

—Soy domador, ¿sabe?, y hay que vestirse medio así pa yamar la atención.

—¿Domador?

—Sí, somos profesionales. Organizamos domas y cobramos la entrada.

Rossi y Ramón volvían.

—¿Arreglaron?

—Da la vuelta, gordo. Por el portón.

Nos alegramos que así fuera. Nos entusiasmaba la idea de conversar con los domadores. Aquel mocito había despertado nuestra curiosidad, por lo que hacían y en lo que andaban.

A las ocho y media bajamos al comedor. Eramos los últimos en sentarnos. Nos habían preparado una mesa para los seis; las otras mesas eran ocupadas por una, dos y tres personas. Nosotros éramos la barra más numerosa. Como de costumbre, en la cabecera se sentaba el gordo, nuestro chófer, con sus ciento y pico de kilos. A su frente yo. El gordo tenía a su derecha a Juan, y Ramón a la izquierda. Al lado de Ramón, Rossi, que estaba a mi derecha, y a mi izquierda Romeo, al lado de Juan. La luz que se escapaba por las ventanas abiertas prestaba brillo al barro chirle de la calle.

De vez en cuando un auto nos hacía llegar el ruido de las cadenas adosadas a las ruedas, "pa que muerdan".

—¡Guarda! — gritaban los paisanos que se habían llegado "al centro pa entretenerse", cuando un coche se acercaba, mezquinándole el cuerpo a los salpicones.

Cuando oíamos una risotada general, ya sabíamos de qué se trataba. Uno de ellos había sido salpicado.

Contra el tabique que separaba el comedor del café, que daba por la esquina, dos paisanos, de sobremesa, daban cuenta de una botella de vino. A mi espalda, andaban por los postres el secretario de la Intendencia, un empleado de "Casa Galli" y otro hortera también, al parecer. Junto a la ventana, conversando con el patrón, que fumaba, los codos apoyados en un mantel lleno de migas de pan, un viejo andaluz muy acriollado, "que andaba parando en el hotel" porque lo había vendido todo y se volvía para España.

El viejo se había ganado los patacones trabajando de cochero. Llegó a tener hasta cincuenta yuntas y cuatro volantas. De Rojas hacía viajes a Colón, Pergamino, el Salto Argentino, etc. También tuvo una "pompa", pero no le gustaba "andar esperando que se muera alguno".

Nosotros nos habíamos puesto de acuerdo: la comida era detestable.

Al comedor reservado para los linajudos, llevaba el mozo nuestro menú en platos de borde ondulado.

—Ahí está el domador.

Desde la vereda nos miraba a través de la ventana el muchacho.

—¿Quiere un vaso de vino, don?

—Muchas gracias.

—Acepte, amigo, pase.

—Güeno.

Se sentó entre el gordo y Juan, en una esquina de la mesa.

—¿Cenó ya?

—Sí, gracias. Nosotros cenamos temprano. La patrona a las siete ya nos yama.

—¿La mujer de Miranda?

—No, qué va a yamar eya. La mujer del empresario. Nosotros, ya les dije, alquilamos las piezas solas, ésas que dan al corralón, sobre las cocheras. Tenemos calentador, unas oyas, unos platos, en fin, lo necesario. ¡También si fuéramos a pagar pensión completa! ¡Pa lo que ganamos!

—¿Tan poco da el oicio?

—A veces sí, pero a ocasiones nos pasamos dos domingos sin trabajar, y el tercero... llueve a lo mejor. De repente tenemos una buena racha, pero nunca faltan las malas.

—¿Hace mucho que anda en esto?

—Año y medio. — Y se apresuró a largar algo que le hacía cosquillas dentro. — Desde que salí de Güenos Aires.

Lo miramos con sorpresa. Y él sonrió con satisfacción:

—Yo también soy porteño, y es la primera vez que salgo al campo.

—¿Y dónde aprendió a domar?

—En la conscripción. Cuando salí me lo presentaron al empresario, que es norteamericano, y me dió trabajo.

Yo estaba encantado con el mocito por lo conversador. Me enteraba de muchas cosas. Después, que era simpático el muchacho. A la barra le pasaría lo mismo, porque no se cansaban de preguntar:

—¿Y el empresario doma?

—De vez en cuando.

—¿Y la mujer es norteamericana?

—Es rosarina.

—¿Doma también?

—¡Qué va a domar! Eso sí. Es muy buena jineta.

Su vaso estaba vacío.

—Ché, sírvanle.

De pronto, uno de los paisanos que se recostaban contra el tabique se levantó. Era un hombre bajo, como de treinta años y vestido a lo pobre. Se nos acercó pechando el aire con los hombros, en un balanceo a lo pato sobre piernas chuecas. En los ojos se le veía nomás que había tomado bastante.

—Oiga, amigo. ¿Usté e de los domadores?

—¿Qué se le ofrece? — le respondió seco el muchacho.

—Güeno, véia, yo quería un barato.

—Cómo no. Vaya nomás.

El otro no se movió.

—Ya vamoj'a ver quién es domador, pué.

Yo lo miraba, lo tenía de frente y él me miró a su vez con un gesto como diciendo: —Qué v'hacer esta mascarita.

El compañero observaba la escena desde su asiento, con gesto de cuchillero. Creí que buscaban pendencia.

—Vaya, amigo — medio se enojó el porteño — de aquí al domingo hay tiempo.

La acogida fría de nosotros y la actitud resuelta de nuestro invitado lo desarmaron.

—Eso es, sí, eso es — decía —.

[illegible]ral domingo será la cosa, eso es; seis potros [illegible], porque loh'otro son baratos.

Y se volvió a su sitio hamacando la mona que tenía encima.

El mozo estiraba el cogote cada vez que entraba al reservado.

A mi espalda, uno de los horteras decía: ¡Qué ha de vestirse en Buenos Aires, hombre, si estoy cansado de venderle medias a treinta y cinco!

Junto a la ventana, comentaba el viejo auriga:

—Los cocheros de ahora no saben. Revientan los caballos al cuete. Traen la "victoria" y es un macanaso. Las ruedas de adelante cortan más estrecho que las de atrás y los animales cinchan el doble.

Eso es el progreso. Ahí tiene usté

En una de las dos habitaciones que alquilábamos, empezaron las visitas de los mates a eso de las diez de la noche lluviosa.

El nuestro era un mate panzón. El de los domadores, una galleta.

Habían venido cuatro de ellos, contando el mocito; nos habíamos sentado en las camas, alguno que otro en las sillas y Juan y Rossi, que cebaban, de pie.

El calentador punteaba la charla, de la que hacían el gasto los otros.

En las amistades de un rato, pronto se llega a las confidencias. Ellos nos confidenciaban pillerías del oficio.

—Ansí es — decía uno de ellos, bien de "p'ajuera" por el tipo y el léxico, aunque había perdido la timidez propia del paisano para con el pueblero, precisamente porque los trataba "dende que andaba en esto". — Nohotro, a veces pagamoh'el hotel y a veces no. Depende e cómo salgamos.

—¿De cómo salen en la doma? — pregunté ingenuamente, creyendo que se refería a la taquilla.

—No, amigo. De cómo salgamoh'el hotel, pué.

Una risotada festejó el chiste.

Otro comentaba:

—Claro qu'el trabajo es medio embromao, porque loh'estanciero d'ande s'haga la doma aprovechan pa mandar el reservao que tengan. Si lo voltean a uno, que se jorobe, y, si no lo voltean, a ellos le sale grátih'el galope. Pero como en todos laos hay comedidos, resulta qu'a lo mejor nohotro de

—¡Eso é! ¡Eso é! Y el barato é una gran cosa, porqu'en cuanto pide uno, ya pide el otro y cuasi siempre son dó qu'andan de pica, y eso trae gente.

El mocito, con cabezasos cortos, como un tic nervioso, apoyaba, mirándonos como diciendo: ¿Han visto? ¿Han visto como es cierto lo que les decía?

★

Y llegó el domingo. A las 8 de la mañana bajamos al corralón del hotel, donde había bastante actividad bajo una garúa que apenas caía, prometiendo asistir a la fiesta de la tarde.

Llegamos a tiempo para ver salir el camión de la troupe, llevando un enorme fardo de lona y los palos para armar la carpa "a la americana".

El circo a la americana no tiene techo. Lo forma una lona de dos metros de altura sostenida con palos a los que la sujetan unas piolas.

Se colocan de manera que afecta un potrero oculto a la vista exterior.

La señora del empresario y algunos de la compañía quedaron allí. En el camión fueron tres y el chauffeur.

—¿Tan pocos van?

—Se arma en seguida.

De lejos habían venido algunos paisanos, atraídos por los programas colocados en las pulperías.

De ellos había dos que salían de lo común. Uno, por dicharachero; el otro, por lo callado.

El conversador era hombre de regular estatura. Vestía bombacha, camisa y pañuelo blanco. Usaba sombrero negro de alas anchas. Algo gordo él, y un poco pagado de sí mismo.

—¿Viene por un barato?

—No. Viene a picotear.

—¿Y aquél?

—Ese, sí.

Era el otro. El callado. Tenía el paisano ese uno noventa, lo menos, de estatura. Flaco, de huesos grandes y cara alargada. Los labios delgados y prietos. Los ojos chicos y de mirar duro. Así eran, en fin, sus facciones. Sin embargo, había algo en él que lo delataba hombre bueno. Y de trabajo.

Vestía unas grotescas bombachas amarillas a rayitas obscuras y calzaba botas chacareras. Le quedaba cortón el saco negro y ridículo el chicuelo descolorido. Un pañuelo negro que completaba su indumentaria, decía su luto.

La mujer del empresario andaba lamentándose.

—¡Mi marido que no vuelve! ¡Hace una semana que se fué a Pergamino para arreglar en el Parque Fuyana! ¡Me escribió que estaría pa la doma y no ha llegado todavía!

Un vigilante le entregó una citación.

—¡Vea! Hágame el bien de decirle al comisario que aún no ha vuelto. Si llega en el tren de mediodía, va a ir.

—Veia, señora, qu'el comisario anda medio enojao.

—Sí, ya comprendo; pero dígale, no más, que va a ir. El tiene que venir para la función.

A Pereyra, que haría de boletero, le pregunté:

—¿No han conseguido el permiso, todavía?

—No; es por otra cosa. Uno que andaba con nosotros, y que es el dueño del camión, se retiró, y quiere que le den la plata que le deben. El empresario se lo compró en ciento cincuenta y le dió setenta hasta ahora. Uno quiere el resto y el otro que le devuelvan el anticipo, y, como ninguno de los dos tiene plata, vino el lío.

El hotelero miraba a la comparsa con cara de pocos amigos. El deseaba más que ninguno que se compusiera el tiempo.

Y el paisano de las chacareras todo lo miraba curioso, entretenido y tratando de ayudar en lo poco que había que hacer.

Por momentos apretaba la llovizna, y entonces nos guarecíamos en la cochera. Allí continuaba la charla, mientras uno reforzaba la cabezada y el otro estiraba un torzal. La conversación arrastrábase lenta, como a la fuerza. Los domadores sabían que en vano se hacía todo, que el mal tiempo seguiría todo el día y asistiría poca gente a la fiesta. No obstante, y tal vez porque había porteños presentes, sonreían y, mal que les pesara, bromeaban de vez en cuando.

Parecían muchachos alardeando de la travesura que cometían y que gozaban ya la satisfacción de mostrar la habilidad que harían gala al escapar al castigo. Aunque por momentos se veía que no las tenían todas consigo. Debían 15 días de cama a 70 centavos cada uno, eran ocho en total y no tenían un centavo. Todo dependía de la tarde. Debían, además, al panadero, al almacenero y al carnicero, que justamente les traía en una de esas el puchero. Para mayor desgracia, el comisario exigía que arreglaran el asunto del camión. A él sólo le interesaban los papeles, y los papeles los tenía el otro. El empresario sólo tenía un recibo por setenta pesos, pero eso no era transferencia. De manera que, si procedían con habilidad, los dejarían de a pie, porque estos domadores no tenían más caballos que los potros que les cedían por un domingo.

La hotelera, en sus idas y venidas a la cocina, olfateando el estofado, nos miraba como a compinches.

★

Para las tres era la cosa. Salimos del hotel más o menos a esa hora. Nuestro coche tentó a la empresaria, que solicitó un lugar allí.

En el camión íbamos varios. Entre otros, el paisano del barato, que, por no ser del pago, andaba de a pie. Se había venido desde Colón. Nos sentábamos en algunos cajones vacíos del producto que propagábamos en la campaña.

El camino era malísimo; pero, por suerte, el trecho era corto.



También nos acompañaban Pereyra con la taquilla y un chico del pueblo, quien se encargaría de la venta de caramelos con un diez por ciento de comisión. Cerquita no más del pueblo estaba el circo. Había gente de a caballo y algunos sulkys. Muchos chicos, que andaban sin duda planeando la forma de entrar sin pagar, comenzaron a los gritos cuando nos vieron.

—¡Ahí vienen! ¡Ahí'stán! ¡Ya yegan los domadores!...

Nuestra presencia los desconcertó un poco: Nuestros ropas ciudadanas, por lo menos, no eran las más apropiadas para domar potros. Pero como íbamos "misturaos", los otros daban la nota, viniendo a ser nosotros, tal vez, en la imaginación del público, los patrones de aquéllo.

Para mejor, se comidieron Rossi, Juan y Ramón a darles una manito cuidando el orden a la entrada, donde cubrimos parte de la amplia abertura dejada para el caso con nuestro coche. La señora conversaba con ellos, rodeados por un montón de curiosos, atraídos sin duda por el traje de cowboy que ella vestía. Cuando se hubo desalojado la carpa, empezaron a entrar los primeros, que habían visitado ya a Pereyra, junto al camino sobre el camión.

—Pasen, no más; ténganse la entrada. Ya se la vamos a recoger adentro.

Les decían así para que no "la pasaran". Y no se las tomaban, para devolverles el dinero si se suspendía el festival. Yo me quedé en el coche: desde allí veía lo que ocurría dentro y afuera.

Un potrero de cincuenta metros de diámetro, circundado por dos alambres mal sujetos a unos palos, ocupaba el centro del campo que cerraba la lona. Y entre ésta y los alambres, había una pista de quince varas para el público. En ella y a la derecha de la entrada se había instalado el despacho de bebidas.

En el fondo, frente a la entrada, el corralito de los baguales.

Los primeros espectadores enderezaron los pingos para la derecha. En las proximidades del despacho de bebidas se reunió todo el público. Unos, formaban grupos de a caballo. Otros, de pie. Otros, rodeaban un sulky donde dos paisanitas con la madre permanecían sentadas.

Hablaban de trabajo, del tiempo y de animales. Pero el tema favorito giraba en torno de los domadores del pago y de otros sitios. De los profesionales que actuarían esa tarde hablaban poco, con frases cortas e irónicas.

A todo esto, eran ya las cuatro y media de la tarde, y los chicos hacía un rato que gritaban: ¡La hora! ¡Que empiece!

Los hombres se reían, azuzándolos:

—¡Dénle, pué! ¡Griten!

No llegaba más nadie. A la puerta mandaron al tony, que esa tarde no domaría ningún ternero gracias al poco público concurrente. Yo, que no abandonaba mi atalaya en el coche, y un milico, montado en un pobre mancarrón. Nos acompañaba una señora de ba, se golpeaba las manos en el bía venido con el mate, que sostenía con las manos contra el estómago y charlaba con el primero que se le ponía a tiro.

Al potrero entraron unos cuantos que apadrinarían, y se sacó el primer bagual.

El paisano grandote, ese del barato, lo enlazó, lo atrajo al potrero ayudado por otros.

Alguien lo pialó y él le pisó el cogote y lo embolazó.

Parado el animal, lo mantuvo firme hasta que lo ensillaran. Parecía un adolescente junto a un perro.

Lo subió López, de la partida.

—¡Juey! ¡Juey! — gritaban los jinetes.

—¡Juey! ¡Juey! — gritaba el público que pechaba los alambres.

El animal hizo lo que hacen otros en su caso: corrió, brincó, hinchó el lomo y resoplaba como una locomotora. Nada más.

Y sacaron el segundo. Lo subió el de Colón.

De entrada, el bruto corrió veinte metros y se paró en seco.

Metió en seguida el hocico bajo el pecho, arqueando el lomo, y ensayó un redoble con los cascos. El hombre le rebenqueó los ijares temblorosos, y la bestia emprendió entonces una carrera loca, dando tres veces la vuelta al potrero. El jinete bajó como si lo hiciera de su propio pingo. Yo creo que el potro debió sentir muy en las costillas la opresión de aquellas piernas de acero del domador.

Mientras sacaban el tercero, llegó hasta mí, saltando como una pelota, el comentario:

Este va enriendao y en pelo.

—¡Vamoh'a ver! — decían algunos, que no estaban muy conformes con la fiesta.

El Gordo, que vino a ocupar un lugar en el coche, me dijo:

—Pereyra se tomó el olivo con el camión y la plata.

—¿Quién te lo dijo?

—La señora.

—¿Y esta gente?

—Los dejó en la vía. — Y como lo viera a Rossi por ahí, fué a contárselo.

Un oficial que acababa de llegar, me preguntó:

—¿Usted es el dueño?

—No, señor.

—¿Y quién es?

—Un curioso, no más.

—¿Y usté? — le preguntó al tony.

—Yo soy un peón, señor.

—¿Aquí no hay nadie, entonces?

—Ahí está la señora.

El policía fué hacia ella, amenazando:

—La voy a llevar del cogote a la comisaría.

Escuchaba un comentario de la mujer, que le pasaba ahora al ombligo el calorcito del mate vacío, cuando oí una gritería.

En la pista bellaqueaba un animal que llevaba en el lomo al mocito porteño.

Diez o doce jinetes giraban en redor, mientras la bestia se sentaba en los garrones para saltar como un jaguar, corría, bellaqueaba, se golpeaba las manos en el hocico, hasta sangrarse.

Y el domador arriba mirándole siempre las orejas como los carillas donde le estuviesen escritas las intenciones del bruto.

Los padrinos se abrieron un poco, y el animal, viendo un claro, se enderezó para los alambres, cortándolos y cortándose.

Libre ya de los laderos, corría entre el público, que se ponía a salvo.

Los jinetes nada podían hacer entonces. El domador trató de sacarlo fuera del círculo, y lo consiguió, pasando junto al poste, en donde la destreza del muchacho impidió que le apretase una pierna. El animal buscó, al salir, el lugar más lejano del auto.

—¡Pobrecito! — decía la señora, que se refugió tras del coche. — Dios lo ayude —. Y se persignaba con la bombilla.

El milico y un montón de jinetes salieron en su persecución.

El potro rompió los alambrados de una quinta del otro lado del camino, recién arada, y que la lluvia constante había convertido en un barrial. Allí el muchacho le boleó la pierna, cayendo de pie, pero el barro hizo que se arrodillara. Sonreía.

Y lo trajeron en triunfo. Porfiaban por pagarle copas.

Poco después trajeron el animal, que sangraba. Tenía los ojos grandes y la cabeza erguida.

Más salvaje y lindo que nunca.

—¡Parece mentira — decía el milico, cuando entraron todos — tuita gente muy d'a caballo, yo los conozco bien, qu'e trabajao con ellos, y que se dejen escapar un pingo ansí!

—Ya se sabe que lo hacen adrede, porque es forastero — aclaró la vecina. — Si lo voltea, que se jorobe. Y, si sale bien, lo emborrachan...

Y con esto, que salvó la fiesta, terminó la misma.

OCLAN DANIEL

ILUSTRACION DE RECHAIN

★

Soluciones de las Preguntas de la pág. 3

(A) No diez centavos, como usted inmediatamente opinó, sino cinco centavos.

(B) Se trata de un abuelo, un padre y un hijo.

(C) Cuatro personas: dos hermanos casados con dos hermanas.

(D) No es 99: es 9^9, nueve a la novena potencia.

(E) No es 999: es $9^{(9^9)}$, que es una cantidad de más de trescientos sesenta millones de cifras.

(F) No hay nada que explicar, porque 80 minutos es lo mismo que 1 hora y veinte minutos. Debemos resistir la tentación del sistema decimal, que nos impele a creer que 1 hora y veinte minutos equivalen a 120 minutos.

Una Sombra en la Viña

Por ISABEL ALONSO DEYRA
ILUSTRACION DE FACIO HEBECQUER

EL viejo Quintral abrió los ojos. Topóse con las vigas ahumadas del techo que se hacían de color de canela en la claridad del amanecer. Oyó chifla de pájaros, crepitar de vainas sobre ascuas y por la ventana que sombreaban largas pestañas de paja, vió un rulo de humo blanco. Sintió en la nuca un dolor agudo y quiso incorporarse. Lo fatigó muy pronto el dolor y hubo de tenderse nuevamente, jadeando. Recién notó que se hallaba en el suelo y que la manta que mal le cubría los pies estaba mojada. Por una gotera caía de rato en rato una gota grávida, sonora.

Se puso de costado. Al volverse, miró el fogón ya listo, con su nidal de ramas y copejones, su trébede tiznado. En cuclillas, un indiecito escarbaba los tizones y la llama le lamía las muñecas. Entró un perrazo, tiesa y revuelta la pelambre, y se quedó a un paso de la puerta, mirándolo con rencor. Parpadeó el viejo.

—¡...cha que ñebla!...

—¿Se jué?... ¡Flautín, alzame!

La diestra del muchacho encajó en la del viejo como un eslabón. Tambaleóse el hombre sin poder enderezarse del todo, sufriendo alfilerazos en las coyunturas .Por un instante el suelo se le hizo barranca y las paredes se movieron en ronda. Alcanzó con trabajo, como si cruzara un quiscal, la banqueta que hacía flanco a la mesa, larga y desvestida y se apretó la cabeza a dos manos. Así permaneció hasta que el calor del sol desentumeció a los moscones guarecidos en la pila de leña del rincón y empezaron a rumorear, gangosos, su anacreóntica.

—Que venga don Grú...

—¿Ah?... Asustado, el muchachón retrocedía hasta el fondo de la cocina apretando contra el pecho el canuto de caña enhebrado en cordelillo de nudos que colgaba de su pecho y al que debía su apodo.

—¡Pa...trón! Fosforecían las pupilas de tigre apagadas de continuo como si una heredada lluvia de polvo estancara el fluir de su mirada mansa.

—¡...y a m'hijo! Hay que arropar las viñas del trasplante, y hay qu'ir con una carguita.

—¡Patrón! ¿Qué no se acuerda?...

—¿Acordarse? — Púsose en pie, se acercó al piletón tras una orden breve, y luego se agachó, esperando. El indiecito salió huído con un balde para volver de inmediato dejando un rastro de estrellones de agua sobre la costra terrosa del piso. El chorro helado cayó sobre la cabeza, culebreó entre la barbaza y llevó su aguja fina a arañar el matorral del pecho.

—¡A...já! — Mientras se restregaba, secándose, con un trapo de color indefinido, hacía esfuerzos por reconstruir las escenas de la mala noche. ¡Nada!.

—A ver, hablá...

—Usté, patrón, lo echó a don Grú y don Grú le juró feo. ¡Por mi mama que sí! Al Yaro lo golpeó en la cara y el mozo se jué a la casa'el Alto, juntu'a su agüelo. Y al Jote me le dió una tanda'e varazos que se arrimó la mañana y entuavía'taba refrescandoló con salmuera. Y volvía'e la Candelaria... ¡reflauta! ¡Qué si iega a ser de vilorio!...

—¡La fiesta de la Candelaria! ¡Ahora sí! Clarito, clarito. Borrachera machaza, de calabacines de caña y vinarra espesa y agria de fondo de cuba. Y una buena moza — la ahijada — bailando con todos pero más... con él.

Titilaron dos carbones de llama bajo el zarzal de las cejas y el labio se bestializó, húmedo y colgante.

Salió respirando fuerte. Se detuvo un momento en los anchos peldaños y lo miró con ojo de amo, crítico y codicioso a un tiempo. Por las callecitas en diagonal del viñedo pasaba, a ras de las cepas, el viento silencioso de la amanecida. En los cruces, sobre hojas doradas al rojo, blanqueaban unas palomas en manchas bailarinas. Los espantapájaros yacían sobre la tierra y el ala de un sombrerón colgaba de la horqueta de un poste hendido

El viejo Quintral se adentró por una callejuela y al reto de sus pasos respondió la algarabía de una bandada que levantó vuelo. Por los senderitos, racimos desgajados testimoniaban regodeo y hartazgo... La ira enderezaba al hombre, quitándole años, endureciéndole los brazos con vigor de hachero.

Bajo el cobertizo contiguo a la casa halló un tonel oloroso y bien curado, con un boquete enorme. Por la rajadura, un olor dulce, pegajoso, incensaba el aire lamido en diagonal por un brochazo de sol. Sobre la tierra blanda del vivar, los conejos de la última camada hacían tertulia alrededor de una bota boquiabierta, con los cambrillones al aire, arrojada evidentemente con fuerza como para desnucar a alguno. Junto al rancho que fué de don Cruz, allá en el fondo de los sembrados, zizagueaba sobre ancho rescoldo una llama blanca, apenas visible en la cruda luz matinal. La intención del viñatero despedido desafiaba con tales tropelías su coraje de patrón.

Entró a la pieza vacía. Tufos de humedad le dieron en el rostro y hubo de abrir de inmediato el ventanucho. Del brasero se levantó una cortina de ceniza y, rasgándola, el gato vino con arrumacos a delatarle su hambre y su soledad. Un tanto aplacado, sentía que le anegaba el corazón extraña tristura y pensó en las dos mujeres de su vida. La "finadita", la madre de su hijo, suave y serena como una mirada de amor, que se le fué un alba con las manos apretadas en un rezo por el nido que, desde aquella hora, tendría escarcha en el umbral. ¡Bien a tiempo la mentó don Cruz en la disputa para alzarle el hijo en su contra! A él mismo le había templado tanto el entusiasmo aquella imagen de la "patroncita" que tuvo que acordarse del nombre de fuego de la otra y del temblor de su estatua durante el baile para imponer la mala ocurrencia.

—Vendrán a vivir aquí. ¡Sí, señor! Ella y su tata, mi compadre...

Don Cruz sobraba. El viejo Zacarías iba a reemplazarlo con ventaja, pues además de viñatero era catador. Su nariz granulosa y tumefacta denotaba desde lejos honda afición al paladeo del mosto...

Todo pasaría. El vástago rebelde apegaríase de nuevo al tronco paterno, movido por la ternura de jardinero de su abuelo, señor de justicia en su predio rural, y la rueda del trabajo engarzaría en sus dientes realidades y sueños. Y habría en la viña una mujer y una guitarra.

El viejo Quintral fué a hundirse en la quietud de su casa sola, con ansia desesperada, como si se tirara a un pozo negro por salvar una rosa caída en los círculos enigmáticos...

★

Vinieron los días nuevos. La muchacha ventanera plantó menta y cilandro en los cacharros del alfeizar y subrayó con esa cinta lo moreno de su cuello delgado que remataba en una cara de cobre con ojos luminosos y boca sedienta. Acercábase el padrino cada tarde a pedirle agua fresca y buenas palabras, y la ahijada, sola casi siempre, sacaba del cubo un tazón rebosante y desgranaba su risa cosquilleadora. Pero, destejía su gracia a distancia como si un arroyo corriendo entre los dos les hiciera pisar riberas diferentes. Era necesario dar el salto. Y las rodillas de Quintral temblaban un poco...

Un amanecer, sin anuncio y sin prisas, regresó el hijo.

—Buenas, tata.

Pasó con su sonrisa joven frente al grupo amable, sin darle importancia, mientras en las cuerdas rumorosas los dedos de la mujer apresuraron un ritmo nervioso. Siguiéronlo las pupilas del padre, orgullosas de su estampa bizarra, y las de ella, cazadoras y atentas.

—Arisco pa las mozas, ¿no?

—De tal palo... — sentenció él — y Candelaria le festejó el decir con sonora carcajada que despertó al gato hecho ovillo en las cenizas tibias. Lejos, el indiecito regocijaba la vuelta de Yaro con el tirulí fiestero de su flauta.

Desde aquella hora los tres se espiaron gestos, palabras, intenciones. El triángulo remachaba desconfianzas sutiles. Zarcillos negros se enroscaban al filamento de las frases haciéndolas reptar a vista de otros. El viejo entendía que la burla se agachaba en las miradas del mozo que se hacía el dormido en el aburrimiento de las veladas y, de repente, lo contemplaba fijo, desafiándolo. Por su parte, al darle órdenes solía sentir que los celos las erizaban con agujones de cardo bravo, pero acontecía que Yaro, más obediente que nunca, cumplía el mandato entre sonrisas, como si fuera dueño de un secreto precioso, y lo mandado, cosa indiferente.

Avecinábase el otoño. En oro y violeta cuajaban los racimos presagiando lagares colmados. Venían a ofrecerse los vendimiadores mirando mucho y hondo hacia el rancho de Zacarías. Ibanse con la promesa del conchavo, en juego de grito y copla, retardando adrede el paso de las mulas.

—...por si asoma la Candelaria, pué.

Una vez volvía de acompañar hasta la linde a varios trabajadores, cuando divisó al hijo y a la ahijada de palique. El viento ceñía el percal en la cadera y, como si en verdad tuviese frío, se ajustaba ladina el rebocillo, con movimiento despacioso y calculado. A Quintral le pareció que los pies se le enraizaban. Miró al cielo y lamentó que su retoño no tuviera pico y garras. La escopeta se afirmaba en su hombro, magullándolo casi.

—Vide una sombra, patrón...

—¿Una sombra? Flautín contaba el suceso repetido ya tres noches en la semana. El fantasma ceñía en rodeo la casa, agrandándose hasta esfumarse en la oscuridad de los árboles, pero al cruzar el viñedo se achicaba y, así cortado, llegábase al pozo y desaparecía tras la cerca del rancho.

Inquieto, el patrón habló a Zacarías, anclado sin remedio en la cantina del pueblo.

—Cuentos d'indio miedoso, compadre.

Yaro fué más audaz.

—¿Una sombra? ¡A cazarla, tata!

Mirándose de frente como dos tahures que se adivinaban la carta marcada, urdieron el plan.

Quintaba la luna propiciando la aventura. Salieron separados para juntarse luego en el pliegue de sombra densa que señalaba una hilera de sembrado, y montaron guardia silenciosa, aliados en sorda enemistad. Pasaban mariposas nocturnas y se encendía, repetido y brujo, el diamante fosfórico de las luciérnagas. Aventaba la brisa rastros del paso de un zorro y, a distancia, en las ranchadas del repecho, algún perro sin dueño quería clavar ladrido y colmillo en la randa volandera de una nube. Dudaba el uno oyendo el levísimo silbo de la respiración del otro, o la vocal alargada de su bostezo.

—El fantasma no viene, ¡malhaya! porque está aquí, conmigo.

De pronto, en un susurro:

—Allí, tata.

Se movió un espantapájaro para iniciar una carrera extraña, de costado, haciendo presumir que alguien se cubría con él. Quintral siguió sus movimientos a veinte pasos, con cautela de liebre, y Yaro se adelantó por una cortada hasta el brocal. Desde su escondite observó el fín de la cacería, sintiendo que se le llenaba la boca con el hormigueo de una risa larga tiempo sostenida. Clavóse de nuevo la estaca del espantapájaro y de ella se desprendió una silueta de varón, típica e inconfundible en la viña. Dos golpes en la puerta, el bailoteo de un resplandor de luminaria en la ventana, y la puerta cedía y se cerraba en seguida, dejando a la luna fuera del convite...

Quintral llegó jadeante.

—¿Lo viste, Yaro? — Lanzó el nombre como una moneda calentada al ropo que le llagara la boca.

—Don Grú...

—Lo vide... — La risa franca, aniñada, saltó igual que chorro de represa. Indeciso, paladeando amargo, el viñador del cerro martilló una amenaza. Por primera vez la mano nervuda del hijo pesó en seca advertencia sobre su brazo, a tiempo que lo buscaba de frente, riéndosele en las barbas.

—Este año le madrugaron la vendimia, tata...

¡La vendimia! Giró rabioso sobre los talones en intento porfiado, pero la argolla de los dedos guardianes se apretó más. La respuesta cazurra no se hizo esperar.

—¡D'iande, cachorro! Era curiosidá apenas...

Y se rió él también, con mueca primero, con risa convulsiva después. Caminaron hacia la casa y en jocosa pareja midieron los escalones. La última carcajada rompió ecos en la cocina, donde hacía nido un olorcillo familiar de especias y leña verde. Hipando todavía ,acomodóse Quintral en un poyo de algarrobo, mordido de hachas y roedores. Su enorme pañuelo refregó el cráneo y las sienes, que aún trasudaban angustia. Al alzar la cara, vió al muchacho en la pieza contigua clavado frente a un retrato. La diestra dibujaba en el aire cariñoso saludo.

—¡Ganaste, mama!

A solas con su conciencia, acunando un recuerdo de oro, el amo de la viña sintió que "l'agüita 'el corazón" borraba las telarañas.

Nuevas Aventuras del Capitán y sus Dos Sobrinos, por Dirks





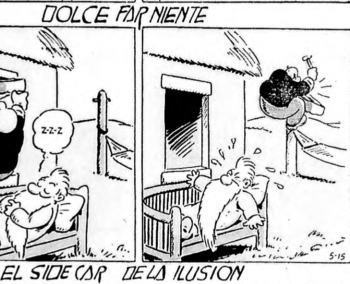


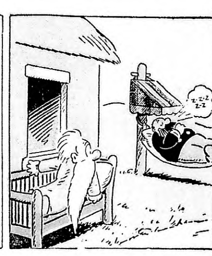


DOLCE FAR NIENTE









EL SIDE CAR DE LA ILUSION









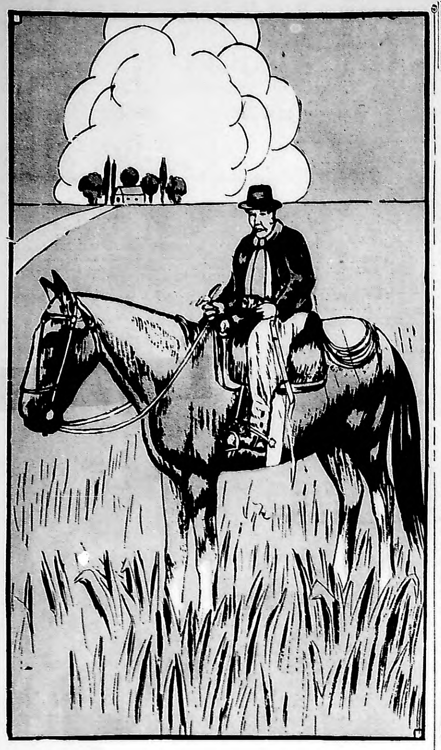
LA ÚNICA FLOR











EN LA PAMPA

POR

Ilustración de Zomero

La primera sección de la Pampa, en la parte que linda con la provincia de Buenos Aires, aunque sus arenales molestos obligan al labrador a ingeniarse en la dirección que dará a los surcos, vientres inmóviles para la diminuta semilla que dará el pan, ofrece también gratas emociones a los espíritus.

Contados son los días en que desde las ocho hasta una hora antes de ponerse el sol no sopla el huracanado viento Norte o Sud.

Cierto día que el sol besaba la tierra y el viento había dado una tregua en su continuo soplar, al extremo de hacer exclamar al campesino: "no se mueve ni una hoja", me dirigí con paso lento, a una loma cercana. Llegado a cierta altura me detuve, maquinalmente encendí un cigarrillo, quise mirar las espirales de humo, pero en vano, pues recapacité y me dije: "¿Qué es un poco de humo en esta inmensidad?", y sin pensarlo me senté sobre mis piernas cruzadas, sin que haya sabido nunca, si me sentía muy grande o muy pequeño, ante ese sol que crea y que destruye.

Vino a sacarme de este arrobamiento una corpulenta vaca, de negro y lustroso pelaje, con una mancha estelar en la frente, que parecía decir: soy estrella que aparece de día, y va a cumplir una misión, sin saber que fuerza misteriosa la mueve.

Sus ojos de escaso brillo, demostraban su mansedumbre; su ubre y mamas repletas de leche, cedían a la presión de las patas y dejaban escapar el jugo vital que, para beneficio o perjuicio regaba las plantas del lugar, demostrando así, que había allí un manantial escondido que a alguien esperaba.

Varias vacas y terneros se movían en la proximidad, en silencio unos, mugiendo otros, sin llamar mi atención.

Cerca de mí se detuvo la vaca en cuestión, me miró fijamente como interrogándome con su mudo lenguaje, y siguió su camino; levantó la cabeza buscando mayor visión, mugió en forma particular y del centro de unos cardos se levantó un ternerito que también mugió débilmente, como diciendo, "madre, aquí estoy".

Avanzó la vaca, lo mismo hizo su hijo, se encontraron y previa comprobación por su olfato, que eran madre e hijo, aquélla le ofreció el manantial de vida.

Muchas vacas pasaron y mugieron cerca del ternerito, más éste sólo contestó con acierto al llamado de su madre... misterio para mí...

Cuando las silvestres flores se marchitan, cambian las praderas su color y hacen, las heladas, guardar bajo el ala la cabeza a los tiernos pajaritos, el maíz se halla en plena madurez.

Un español, cuya manera de ser y pensar me resultaba algo cómica y sentimental, me dijo, señalándome un plantío de maíz: "los juntadores son rateros reconocidos, venga mañana temprano a mi casa e iremos a verlos".

Al día siguiente fuí a la cita con mucha puntualidad.

Llego, un perro denuncia mi presencia; más que perro parece un timbre campero, dado que este instrumento para funcionar necesita tener contacto a tierra y los perros generalmente, cuando descansan, aplican un oído a la tierra para denunciar el más leve ruído.

Por causas que no puedo determinar, en el campo hay menos hipocresía que en la ciudad, así que nos saludamos, con una cordialidad tan sencilla que a veces quizás no exista entre dos hermanos.

Acto seguido, la buena y resignada esposa me brindaba un mate al tiempo que me decía: "¿le gusta el mate?" a lo que respondí (asignándome la paternidad de ciertas palabras, que no sé a quién corresponden): "siendo de sus manos aunque los palos anden boyando".

Nueve hijos formaban el fruto de este amor nacido y desarrollado en la Pampa.

Al poco rato empieza el español de esta manera: Fulano al tambo; Mengano... a ayudarle, Zutana a "descandar" la puerta; otro a juntar leña, y el menor (seis años- a pastorear las ovejas en la calle (por razones de economía) y concluye diciendo: "a vosotros os gusta mucho el mate, mucho el dormir, y poco, muy poco el trabajo; siempre os prometo una paliza y nunca os la doy, pero día llegará que os la voy a dar." Al fin y al cabo hago más yo parado en la loma que todos vosotros trabajando". A esto agregué: siempre que usted se pare en una sola pierna como el tero". En cuanto a lo de que el tero se pare siempre en una sola pata nunca llegué a otra conclusión, que como sus patas son muy largas y descubiertas, se le enfrían mucho y entonces calienta una bajo el ala mientras la otra le sirve de sostén.

A la tarde nos dirigimos al precitado maizal, donde ninguna mente humana podía imaginar que donde solo pensó ver caras de rateros como espejo de almas malditas ,encontraría realidades que con desconocido cincel graban en el alma impresiones duraderas.

Cada recolector de maíz toma para su trabajo cierto ancho por toda la longitud del terreno, ancho que señala quebrando algunas plantas, para guía suya y de los demás; esto recibe el nombre de "lucha".

Ya en las luchas fuimos encontrando los recolectores rateros, que eran tres, cuyas caras nada anormal demostraban, pese a la imagen "a priori" que yo me formara.

Una bolsa de arpillera arrastrada entre ambas piernas servía para arrojar las mazorcas arrancadas con mano firme y segura.

A esta bolsa le llamaban "buche", visto lo cual me acordé de Vizcacha: "todo bicho que camina va a parar al asador" y dije para mis adentros: "todo maíz maduro a este buche va a parar".

Mi compañero me señala una mujer, que en "lucha" más chica se halla trabajando y hacia ella vamos. Verla y asombrarme todo fué uno, porque no sabía si veía visión o realidad.

Era la esposa o compañera, (cosa demasiado pequeña para averiguar dentro de tanta grandeza) de uno de los rateros, la cual le ayudaba en su trabajo, aparte del propio, o propios, de su sexo, una hija le llevaba el buche, otra en el brazo izquierdo, otra caminaba asida a su vestido y otro ser estaba allí también esperando librarse de aquella donde el amor lo encerró; con la mano derecha trabajaba.

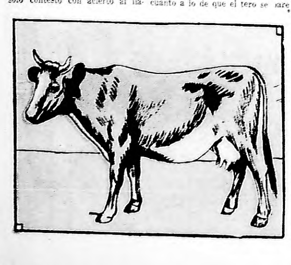
Con un "hasta luego" y, luego en la carpa lo convidaré con mate, nos despidió esta buena mujer, esposa, prodigio, símbolo o lo que se le quiera llamar.

Regresando se prenden a mis medias unas semillas con espinas abundantes, delgadas y pequeñas, llamadas rosetas, por cierto muy distintas a las que con el mismo nombre se exhiben en las joyerías y en las mujeres más afortunadas que no sufren de los rigores del destino, como la madre que yo vi.

Ya en las carpas formadas por chapas de zinc, que se apoyan en el suelo y entre sí en la parte superior, me enteré que esta buena gente, consumía sólo, además del tradicional mate ,alguna liebre y maíz en "rositas".

La madre se hallaba sentada y dando el seno a la niña; yo le observo que se ha equivocado y amanta a la más grande en lugar de la más pequeña, mas con toda naturalidad me responde no haber tal error, sino que amamanta a las dos, porque una sola no basta a librarla de las molestias que la abundancia de leche le produce.

Nos retiramos, mi compañero mudo y cabizbajo, yo con el corazón que parecía ensancharse hasta salir del pecho para mostrarse generoso y grande; pensaba que si esa alimentación bastaba a alimentar a aquellos manantiales humanos, en las ciudades hay mucha ciencia, pero allí había mucho líos...



Peloponeso y Jazmín ★ por Hamlim























